

por
LATINOAMÉRICA
en autostop

por
LATINOAMÉRICA
en autostop

ANTONIO RIVERA MENDOZA

Copyright © 2022 Antonio Rivera Mendoza

Todos los derechos reservados.

arivera133@gmail.com

Edición: Daniela Rivera

Diseño Cubierta y Contratapa: Daniela Rivera y Sol Rivera

ISBN: 9798420719404

Para Camila Obleas, lista para un largo viaje;
Piero Rivera, embarcado en la tierra; Adrián
Delgado, viajero de los libros; Loro Laredo, ya
de regreso, pero con partidas pendientes

“... y la vimos salir volando de la casa, con una maleta en la mano y en el corazón el deseo de que el nuevo año le regalara un viaje por el mundo, mientras el reloj de la torre daba las doce últimas campanadas del 31 de diciembre...”

P.A., en *Las crónicas nuestras*

CONTENIDO

Prólogo	pag. 1 - 3
Capítulos 1 - 22	pag. 5 - 141

PRÓLOGO

El apremio de viajar está en seres humanos, animales, plantas y hasta en las cosas: el deseo tripulante con que niña y viejo miran navegar las nubes, en las aguas del cielo; la impaciencia de las aves en la línea invernal de partida de la migración, la inteligencia del diente de león para embarcarse en el viento; el propio viento como el supremo viajero y, al mismo tiempo, vehículo; y el misterioso éxodo de los calcetines desde su confortable patria del cajón a destinos todavía ignotos.

En los humanos el deseo o instinto de partir se instala en forma de gusanillo del viaje que crece dentro de uno, hasta hacerse un vigoroso anélido ya imposible de aguantar, al punto de

que o te mata o lo extirpas mediante un boleto de avión, tren, bus o el recurso del dedo pulgar.

Esa necesidad de trasladarte en tiempo y espacio, espera agazapada la conjunción de los astros de la beca de estudios, la buena marcha de los negocios, el golpe de Estado, un premio de lotería, la estafa premeditada, etcétera, para mandarte a mudar por siempre o tomarte una pausa en la rutina. En cualquier circunstancia el impulso de dejar la cuna es patrimonio de todos.

Los viajes llevan interrogantes y traen sorpresas.

De vuelta de una travesía que se precie, el viajero abre la valija o la mochila y encuentra que mucho se ha traído a casa, pero resaltan los souvenirs inesperados: no la torrecita Eiffel de bronce, sino el vértigo sobre el Campo de Marte; no la ciudad nueva, sino el aroma de sus calles; no la gente y su idioma extraños, sino sus voces, música y deseos; no el toro en el ruedo, sino su sangre; no la hamaca en la playa, sino el océano y su brisa salada; no la abstracta Múnich, sino su Oktoberfest (si fuiste en septiembre).

Y entonces el retornado camina las calles de su ciudad natal con la sangre oxigenada y el alma ligera, hasta que aquel gusanillo lo importune

otra vez.

Los viajes estacionarios realizados en la poltrona de leer, en la sala de cine, el dispositivo electrónico, son de alguna manera formas de hacerlo o, más bien, el exordio de una partida.

Dos lugares distintos y lejanos pueden servir para ilustrar la ventaja de trasladarse físicamente: es imposible describir de manera oral, por escrito, en fotografía o película, la conmoción que causan el pararse en medio del Salar de Uyuni, en Bolivia, y la salida de la estación Grand Central de Nueva York, directamente a la selva de sus rascacielos.

Finalmente, y como este debe ser el prólogo del libro, anotemos que ha transitado, desde cuaderno de bitácora a colección de crónicas y anécdotas comentadas, para finalmente desembocar en este artefacto que podría tomarse por una novela (de viaje).

1.

Un tucumano algo despistado originó esa travesía por el continente. Su papel, como sucede con los Stan Laurel del mundo, fue involuntario.

Ocurrió en el pueblo de Wellington, a unos doscientos kilómetros de Buenos Aires yendo al norte por el ramal ferroviario Bartolomé Mitre. Comenzó en la estación. En realidad, todo comienza y termina allí, Wellington es más una estación que un pueblo.

En la mañana del 27 de abril, una porción de la familia Estevez salió de casa como una tromba, para alcanzar el tren local de las 7:40 con destino a Antequera. Era una familia muy unida y por tanto perpetradora de aciertos y

errores grupales. A la salida en esa mañana, padre e hijos creyeron que hacían lo correcto, es decir, ir juntos a la estación, pero olvidaban que, desde hacía unos meses, las chicanas de la vida y el crecimiento de los hijos, modificaban quehaceres y horarios familiares.

Esa mañana debían tomar el tren de las 7:40 cuatro miembros de la familia y uno quedarse en la estación, cinco en total, pero, de casa salieron seis. Al sexto y por tanto supernumerario en la expedición, lo arrastró la fuerza centrípeta del cometa Estevez que se formaba cada día.

El joven Lisandro Estevez no tenía nada que hacer a esa hora en la estación, sino una hora más tarde para estar a tiempo en su trabajo, en la propia estación, ya que ésta es una fuente de empleo de buena parte de los habitantes de Wellington. El caso es que Lisandro llegó con los otros cinco, a las 7:35.

Cuando el padre miró el reloj del andén y contó a su prole, se dio cuenta del inaudito error, el suyo, después de todo él era el jefe de esta familia tradicional y el último, o primer, responsable de lo que ocurría en su seno.

Buscó a quién culpar, pensó en su esposa,

pero ella no hizo más que despachar a su tropa desayunada, limpia y con la ropa requerida por la estación que gobernaba el clima de esa mañana.

El tren vendría en pocos minutos. El principal Estévez optó, primero, por identificar al intruso involuntario. Lisandro comparecía con su uniforme nuevo y el aire distraído, esperando despedirse de sus familiares para luego encaminarse al gran hangar donde se hace mantenimiento de los vagones del Mitre.

Identificado el error, el padre se lo comunicó sin demora. Decidió, sin estar seguro, que el muchacho marchara a su trabajo como si fueran las 8:45, su hora de entrada. Los demás abordaron el tren y lo dejaron con un “todo se arreglará”. Lisandro sabía que debía obedecer y lo hizo.

La entrada al hangar del que no debía aparecer allí, produjo diversas miradas, las burlonas de los flojonazos, las de soslayo de los invisibles, la aprensiva de quien debía ser relevado por el joven Estevez.

Todos detuvieron lo que hacían y se pusieron a contemplar al recién llegado, con su limpio uniforme azul, que no se decidía a encaminarse

a su casilla, donde lo cambiaría por su ropa grasienta de verdadero trabajador. Por fin lo hizo, como le instruyó su padre, aparentando una normalidad en la que nadie creía.

Un discreto diálogo con el jefe hizo que el trabajador que debía ser relevado recién en una hora, aceptara aliviado y contento el inesperado regalo de sesenta minutos de asueto.

El relevado era un joven del norte, tan del norte que podría pasar por boliviano, Zenón Cordero, se llama. Había llegado a Wellington solo, donde conoció a la que sería su esposa, con la que tuvo dos hijos, todavía pequeños. La familia vivía no lejos de la estación en el barrio reservado a inmigrantes y pobres.

Mientras charlaban en el hangar, ya distendidos, Lisandro y Zenón, la esposa de éste, una rosarina llamada Rosario, se regalaba con una infidelidad sin comprometer sentimientos, segura de su cita tempranera ya que llevaba al minuto los turnos de su esposo, no porque quisiera engañarlo a horas determinadas, sino, por lo contrario. Cada mañana le esperaba con un amoroso desayuno de rey como el médico le prescribiera en receta monárquica hasta el almuerzo, y la cena de

mendigo que mosqueaba un poco a Zenón.

Pero el reloj biointuitivo de la rosarina tenía más prestaciones de las que ella misma conocía. A las 7:50, la mujer sintió en la oreja el aleteo de invisible mariposa nocturna, que interpretó correctamente. Se dio cuenta de la banalidad de su aventura, interrumpió el acto amatorio, echó a la calle al amante casual y se puso a preparar el desayuno real para Zenón.

Lo que el destino había decidido que fuera una infidelidad seguida de muertes, adoptada para la primera plana por los tabloides, y destacada en interiores en los diarios serios, acabó en un acto de celebración en la mesa de esta familia, de lo más feliz. El acontecimiento no salió en ningún periódico, pero quedó impreso en el alma de los cuatro Corderos.

El amante frustrado era el señor Melitón Ardaya, un inspector contable del ferrocarril, que debía tomar el tren de las 9:07 para seguir con su trabajo en el norte argentino, pero se subió de prisa, con su calzoncillo en el bolsillo del pantalón, al de las 8:07, usando, sin saberlo, la hora inaugurada por la familia de Lisandro Estévez, causante de su interruptus matinal.

El rítmico traqueteo del viaje a Rosario y Tucumán, sonaba a Ardaya como palabras y frases de reflexión acerca de sus incontinencias. El del expreso a Salta le reveló que el desenvaine abrupto en casa de Rosario fue una advertencia de la divinidad. En los kilómetros verdes, tirando a marrón, al llegar a la capital jujeña, creció en su alma un deseo de redención, de abrazo al primer dios que encontrara en su camino.

Al bajar del tren se dijo que todavía tenía una hora para alejarse de preocupaciones laborales. Apenas comenzada su caminata meditabunda, escuchó el llamado del Señor, irradiado por un altoparlante. Olvidó su presentación en las oficinas del FFCC y se acercó al salón del altavoz que chillaba ofertas de la iglesia Verdadera de Cristo Redentor, sorprendentemente adecuadas a sus necesidades. Melitón se sintió aludido personalmente, se apuntó al pecho con el índice mirando interrogante a la voz, sin ninguna intención de mofa. Algo le respondió que sí.

Entró, se sentó atrás. La sala estaba poblada sólo en una rala tercera parte, con gente

esperando u orando en silencio. En su sitio, Ardaya oyó físicamente la voz del Señor. Era su pastor que se acercaba dándole la bienvenida a su congregación. Sintió un ala del Espíritu Santo pasar por su aceitoso pelo, en forma de la mano del predicador, que lo acogía como a su servidor.

Su iglesia atravesaba un tiempo de carencia de fieles de vigoroso bolsillo, le espetó de buenas a primeras; los que ya estaban cuando entró Ardaya y los que gotearon después no contaban porque, como le explicó el pastor, estos venían para pasar el tiempo rezando y a la hora de depositar el diezmo ponían sus ojos en blanco, traspasados por la devoción y la cercanía a Nuestro Creador, sin darse una pausa para desprenderse del necesario efectivo.

Fue así como Melitón Ardaya, contable de cuentas mundanas, ascendió a administrador del debe y el haber divinos, con resultados extraordinarios. Y, luego de corto período, predicador aplaudido.

Las florituras de su lenguaje, antes empleadas para acceder a lechos ajenos, rendían ganancias sustanciales a la Iglesia Verdadera. En pocos meses ya tenía entre sus fieles a los principales

del transporte interprovincial y a los dueños del comercio informal. Con el salón lleno de arrebatados, presentó un coro de ángeles dirigido, asimismo, por el ahora pastor Melitón Ardaya, donde cantaba también su ayudante, el pastor original, hoy sacristán con sueldo fijo y cama adentro. Un golpe de Estado glorificado por Dios y sus servidores.

Antes de esos definitivos cambios en el organigrama de la Iglesia Verdadera, era sacristán un salteño ensimismado, Polifemo Arias. En una reunión de alto nivel, el excontador de FFCC, hoy pastor exitoso, y el expastor, insustituible sacristán actual, concluyeron que Polifemo Arias ya no era necesario para la nueva marcha de la Verdadera. Se lo hicieron saber, lo despidieron con el compromiso de un sobre de sobria gordura como indemnización. Día que pasaba, Arias agradecía un poco más a los dos jerarcas cristianos por haberle echado a la calle, truncándole una vida plana, tan plana como las losas de la plaza mayor de Jujuy.

El exsacristán había sido un buen sacristán, pero, no un buen cristiano. Cumplía sus

funciones maquinalmente, sin ponerle la devoción esperada por sus empleadores de cielo y tierra. En cuanto tenía unos pesos y recreo, se dirigía con alguna prisa al restobar de la esquina, a beber moderadamente, pero con fruición, copas de vinos seculares, acariciando la esperanza de verse envuelto en algún episodio de amor. Sentado en una mesita discreta, se azotaba con el cilicio de la prensa escrita y probaba algún libro obtenido en préstamo de la Biblioteca Provincial de Jujuy. Estos quehaceres no tejían, precisamente, la mejor telaraña donde quedara cautiva Galatea alguna.

Polifemo Arias era, entonces, un solitario y sin objetivos, en cuyo espíritu rebrotó su sueño de irse de viaje, un deseo de partir. Deseo que fue creciendo hasta que ese almácigo triste recibió el preciso riego de su destitución, para germinar.

2.

Polifemo sintió en sus huesos el duro suelo de la plaza de Jujuy, soñando con glaciares, en la primera noche sin el techo de su exiglesia.

No era un *homeless*, tenía una habitación allá en la casa materna de Salta, a la que hiciera una visita recién. Este día, temprano, había vuelto de su ciudad, de donde partió sin tener conciencia del horizonte de su viaje. Sí la tuvo su madre, que le horneó dos grandes panes para que los añadiera a su equipaje, una bolsa de marinero donde introdujo, sin pensarlo, más cosas de las que necesitaría para un viaje relativamente corto. Él creía que sólo iba a Jujuy y quizá hasta Bolivia, ella sabía que más lejos.

Comprendió Polifemo que esas hogazas

sencillas eran la evidencia de que el pan no es sólo el alimento fundamental, sino también la más necesaria compañía en los viajes por tierras y años. Esas migas que restaban en el fondo de los bolsillos de su niñez, son parte del milagro que sus dedos palpan aún ahora.

Y el pan le presentó a Mochilas.

Estos dos habían cruzado sus andares en una calle jujeña persiguiendo el mismo aroma de pan recién horneado. Se encontraron en esa hipnosis ambulante y de ahí, de esa devoción compartida, nació la amistad con la que Polifemo daría los primeros pasos del camino que ninguno conocía su última estación.

Mochilas llamó a este mochilero polaco, antes de conocer el mecanismo nómada de los gentilicios para nombrar fugaces compañías. En las carreteras los nombres y apellidos pierden significado por las frecuentes bifurcaciones y lo efímero de las relaciones.

Por solidaridad panadera, Polifemo resolvió probar la intemperie, compañera de los mochileros situados en la clase más baja de su sociedad errante, y se echó a dormir sobre las losas de la plaza, junto a Mochilas. Despertaron algo enredados en sus bolsas ante la mirada

lujuriosa de colegiales rumbo a clases.

Polifemo y el mochilero se munieron de otra ración en la panadería amiga y partieron al norte. Era fácil viajar gratis, con la única condición de poseer un dedo pulgar con suerte de pata de conejo.

Llegaron a La Quiaca agotados por un viaje en etapas, la más extenuante la que pasaron en el vagón de carga de un tren de, felizmente, corto recorrido. Cansados, se habían trepado de dos saltos a esta maravilla de carro para ellos solos. Cuando emprendía su marcha, acomodaron ropas y bolsas y se echaron a dormir un sueño sin más ambiciones que el reposo. A medida que tomaba velocidad, sentíanse arrullados por el chucuchucu. Pero entonces ocurrió lo inesperado: la plataforma del vagón, una plancha de hierro tensada, comenzó un temblor que despertó a los cansados y después, con el convoy en su velocidad regular, hacía que la plataforma, convertida en un resorte enorme, se cimbrara lanzando por el aire la leve carga de los amigos convertidos en dos peles voladores, rebotando sin poder asirse apenas de algo

saliente, en una pesadilla que duró el trayecto hasta la ciudad fronteriza con Bolivia.

Allí, en los primeros encuentros de la tribu mochilera, les soplaron la existencia de la generosidad del director del hospital público con los viajeros y allá se fueron. Era cierto. El doctor Fernández acogió a Poli y Mochilas, les dio de comer y acomodó en sendas camas de una gran sala, entre pacientes que padecían mucho más que sólo cansancio. Los dos durmieron a pierna suelta luego de saciar la curiosidad de sus nuevos amigos y sorber una potente sopa de pollo.

Al amanecer del día siguiente, comenzó la actividad en la sala. Entrechocaban patos y chatas colectados por sanitarios; enfermeras iban de cama en cama midiendo temperaturas, tomando presiones y examinando lenguas. Todavía soñolientos los dos amigos las dejaban hacer, divertidos. Hasta que llegaron las enfermeras de las jeringas y lavativas, entonces sí despertaron y compusieron sus caras más saludables.

Polifemo salió del hospital con el ánimo tocado. Recordó otros hospitales que recorriera con su padre enfermo, cuando comprobaba que

el mundo se dividía en dos mundos. Uno, el de luz, de los despreocupados, con los caminos abiertos, optimistas, de sonrisas y risas, el de las habitaciones llenas de música y fiesta, de paz. El otro, el de la enfermedad, el de los lamentos, de las diarreas y vómitos, el del dolor, de la preocupación, de la necesidad, el de los tristes desenlaces.

Partieron luego del desayuno y de agradecer al doctor Fernández. Su mudo tarareo del bailecito de Los Fronterizos, “a ver quiaqueño...”, le devolvió el optimismo. Cruzaron la selva comercial de Villazón, ya en Bolivia, y camión a camión, llegaron a Potosí.

3.

Sin apenas aliento, acezando, pero contentos de estar en ciudad con tanta historia, salteño y varsoviano andaron preferentemente callejuelas, evitando sitios de agencia de viajes. Se felicitaron de haberlo hecho porque así conocieron un Potosí discreto y más genuino, donde asoman casonas y gentes con vidas de siglos. No les fue difícil imaginar la gran urbe que fue, el puente de plata que llegaría a Madrid y su río de sangre esclava convenientemente escamoteada en la metáfora; las ideas brotadas en su universidad, todo estaba presente en el gran museo que es esta ciudad, contemplada por su testigo de excepción: el achacoso Cerro Rico, vejado antes y ahora.

Luego, el remate del paseo por drama y tiempo: un guiso -aquí llamado sajta- de papalisa ofrecido por la luminosa anciana en la tienda de su edad, con una única mesa siempre puesta para el hijo que llegaría desde Salta o Varsovia... Fue su primera vez en ver y probar esta joya de las papas y les tocó la mejor.

Mareados de placer, se fueron a conocer el famoso Salar de Uyuni, ese que maravillara al astronauta desde la estratósfera y después, vuelto a la Tierra, lo pisó con la misma unción con que hollara la Luna, según contaban viajeras que hacían el camino del sur.

En el trayecto al salar debieron apearse del camión que tomaba un descanso, en un pueblo remoto y con un puñado de casas de adobe, que no parecían edificadas sino, más bien, brotadas de la arcilla del Altiplano.

Allí vieron una Bolivia que se rehacía, con los millones de exiliados en su propio país, que ahora volvían a su país sin haber viajado un metro; eran viajeros que no “hacían” distancias, sino historia.

Pasó ante Polifemo y Mochilas un joven indígena caminando al lado de una llama adornada de fiesta. Este campesino los miró y

saludó con curiosidad y simpatía, despojado de la sonrisa sumisa obligatoria hasta hacía tan poco. Lo veían alejarse cuando llegó un toyota corolla notoriamente contrabandeado, frenó levantando una nube de tierra. Este otro casi adolescente campesino, abrió la puerta, puso una abarca en tierra y dijo, en algún idioma que no conocían los viajeros, algo que sonaba como un saludo y una pregunta. Ninguno supo responder, el otro se acomodó en el asiento, cerró la puerta, pisó dos veces el acelerador antes de partir y se fue dejando al argentino la ardua tarea de explicar al europeo el significado de dos jóvenes, una llama y un corolla en el Altiplano. Polifemo lo explicó como pudo. Conocía por la vecindad de Salta con Bolivia la situación de los indios y la había escuchado de propia boca cuando llegaban numerosos en períodos de zafra, al norte de su país. Entonces creía que los campesinos indígenas de Bolivia cargarían ese destino de sumisión hasta siempre, pero estas dos escenas le sacaron de su error. En realidad trataba de explicarse a sí mismo esto que pasaba allá y casi lo consigue hasta que bajaron del camión que los llevó al salar.

Polifemo y Mochilas caminaron hacia el

interior de este océano blanco, rotundo. Allí en medio de una experiencia metafísica imposible de relatar, cada uno de ellos reencontró su identidad, sintió el poder de la soledad y la vasta interioridad, las asumió y marcharon en direcciones distintas.

El polaco se dirigió a la tierra roja -de la que había oído a una boliviana en Badenweiler-, llamada Camargo, tierra de vino y frutas, el edén particular que buscaba y encontró. El argentino, a un norte sin todavía color ni nombre.

4.

Polifemo Arias, que heredó el nombre de su padre a pesar de tener los dos ojos sanos, tenía su mirada en el norte, pero antes la había puesto en el sur, mucho antes de su anclaje en la Iglesia Verdadera.

Él y su amigo Roldán se habían decidido romper el cascarón de su Salta natal para respirar otros aires.

Cuando iban a tomar el bus a Buenos Aires, se les ocurrió intentar suerte, sin grandes expectativas, entre los camiones estacionados cerca de la terminal. Sorprendidos, escucharon al primer chofer al que se acercaron, responderles,

- claro, muchachos, voy hasta Buenos Aires-

Treparon a la amplia cabina, felices por tan prometedor comienzo de su aventura, pero habría todavía más. El enorme camión pertenecía a una empresa pródiga con los viáticos para sus choferes. Los dos amigos no sólo viajaron muy cómodos, sino que en cada parada gozaban las especialidades, casi siempre al carbón y, encima, su benefactor era un tipo locuaz, con chispa, e hinchada de Boca como ellos.

Los dos jóvenes, dueños de cierta cultura de clase media y nóveles universitarios, cometieron sólo un error en ese viaje. Se soltaron a hablar de libros que habían leído (u oído de ellos) y de películas y directores de cine, en esto más sabidos, pidiendo opiniones a Rafael, el chofer que se refugió en el silencio. Cuando habló respondió a los dos asuntos, en tono de disculpa,

- sólo veo películas en castellano..., es que soy lerdo para leer-.

Fue un buen sopapo a las incipientes ínfulas intelectuales de sus ahora avergonzados pasajeros, que les sirvió para siempre, ya que nunca olvidaron aquella lección en el aula de un

camión, que ahora se tragaba los más de mil kilómetros en ambiente de sencillez colectiva, archivados, hasta nuevo aviso, los antonionis, andersons, bergmans, coppolas y fellinis.

Rafael los llevó hasta Retiro. Se despidieron como viejos amigos en la puerta de un alojamiento.

Era su primera vez en Buenos Aires y les causó, como a todos, un largo asombro seguido de frenética persecución de sus apetencias personales: la primera, un partido de Boca en la Bombonera, y por iniciativa de Roldán, una carrera en el mítico edén del turf, el Hipódromo de Palermo. Luego, la búsqueda de librerías y el cine. Todo esto subordinado a su objetivo mayor: echarse a la mar.

Guillermo, su gran amigo porteño, se los llevó a la casa familiar en el Gran Buenos Aires, donde sus hermanas y cuñados los trataban mejor que a él. Se adhirió a su safari bonaerense, como guía y compañero, cuando sus estudios le daban una tregua. Conocedor de los recovecos urbanos, esos días Guillermo era un tercer mochilero en su propia ciudad. La compañía de este amigo se hacía necesaria, aun después, en el otro viaje. Cuando Polifemo sentía la soledad de

los caminos, Guillermo aparecía, para animarlo.

De la casa de Guillermo salían temprano a los muelles, a buscar un barco que se los llevara al mundo de afuera, ese ignoto y difuso destino en el que cabía literalmente todo, especialmente la incertidumbre; pero, ¿quién puede cometer el atrevimiento de emprender una aventura sin ese ingrediente?,

- sería como hacer un asado sin carne ni chinchulines-, se reían con su muy argentino símil.

Luego del fracaso cotidiano en las dársenas, los dos amigos se empapaban de la gran ciudad. Hasta el mediodía, plazas y parques; luego la pizza Banhero, en pie; por la tarde escaparates, avenidas, calles, y las librerías, decenas si no cientos de librerías de las que salían ahítos de antojarse, con las manos vacías, como vacíos para esto estaban sus bolsillos. Quizás Polifemo incubara entonces, sin saberlo, la “venganza” ejecutada mucho después, en librerías a más de siete mil kilómetros de distancia, en el otro extremo del continente.

Una querida amiga le había encargado el Paradiso de Lezama Lima, de las primeras

ediciones, las de La Flor,

- flor de edición,

se sonrió Poli cuando, luego de recorrer varias, dio con esta librería de viejo en Tacuarí al 1200. Al volver para comprarlo, al día siguiente, no sólo había desaparecido el libro, sino también la librería. No estaba más en ese local que ahora ocupaba,

- desde hace años-, dijo el dependiente,

el negocio especializado en ropa para gordos.

Este viajar de los libros, llevándose su casa, que los tuvo pasmados esa tarde, dejó de extrañar a Polifemo al pasar los años; le sucedería a menudo, y siempre con las librerías de viejo.

Encontró a Lezama, escondido en una de Corrientes, y lo franqueó con unas frases de amor encubierto.

Memorable visita fue la que hicieron a Carlos Gardel, en su esquina de La Chacarita, ese cementerio que en realidad es una enorme ciudad dentro de esta ciudad enorme. Recorriendo sus calles para llegar al Mudo, los dos amigos veían las almas que los observaban a través de cristales de mausoleos, con expresiones de curiosidad y bienvenida en sus

rostros blanqueados por una dieta que ninguno de los dos quería imaginar. Luego, llegaron a su objetivo, escucharon su voz, le dieron de fumar, le rezaron el tango que vinieron a rezarle y salieron de La Chacarita, felices de estar vivos, pero también seguros de que estar muertos no sería nada del otro mundo.

Y el cine. Como cinéfilos duchos (eso se lo creían) descubrieron las salas de cine-arte, donde reponían las mejores películas de todos los tiempos, a un precio popular. Se dieron varios banquetes de celuloide económico. Pero también vieron estrenos mundiales en las enormes, elegantes salas de Corrientes y Lavalle, gracias a boleteros sensibles, sobornados por las caras de dame medio que ponían los amigos, al rogar el favor de pases gratuitos.

En estos empleados de cine, como en conserjes de edificios, en mozos de restaurantes, todos con apariencia de ministros, timbres de voz imponentes e imperativos, los amigos compartieron un descubrimiento: los porteños no eran los detestables arrogantes que la mala prensa señalaba. Simplemente eran todos actores y su vida era representar papeles; lo hacían tanto y tan bien que se convirtieron en

sus personajes. Y sus antepasados inmigrantes, que debían usar la voz para abrirse camino en la jungla de idiomas, también les ayudaban. Detrás de cada “prepotente” porteño, estaba la ternura que todo artista tiene para ofrecer.

Terminado el día, los amigos se iban a dormir con el periódico de mañana bajo el brazo.

Ya su estadía, infructuosa respecto a su embarque, pero rica en su abrazo a la ciudad, se hacía larga. Casi vencidos, Roldán y Polifemo se lamentaban de no haber conseguido aún abrir la puerta para viajar al mundo, sin percatarse de que Buenos Aires es su resumen, por lo que sí habían viajado, y mucho.

Durante una escapada a Mar del Plata, los amigos lo vieron por primera vez. La admiración y el temor se mezclaron en su primera visión del mar. Aferrados a sus precarias mochilas para no caer por el acantilado, se acercaron a esa masa verdosa y sintieron su oleaje como manos, que preferían pensar que les saludaban. Húmedos de gotitas de las crestas que rompían a sus pies, lamiendo de sus labios lo salado que nunca imaginaron tan intenso, se fueron a la playa, que allí las aguas llegaban menos crispadas.

Allá ejercieron sus primeros empleos en tren de mochileros.

Les encargaron, primero, pintar un sector de los muros de un restaurante en la playa, de blanco y negro. Se repartieron las áreas, la blanca para Roldán, la negra para Polifemo. Terminada su jornada, Roldán tenía el pantalón negro con grandes manchas blancas y Poli, su querida chamarra blanca convertida en la piel de una vaca Holstein Friesian. Su segundo día, les fue encargada una labor absurda, barrer la arena de la acera del local. El viento era fuerte y a cada escobazo devolvía incrementada la arena a la vereda. Terminados los dos días de trabajo, el dueño del restaurante les pagó bien y los despidió amistosamente. Volvieron a Buenos Aires manchados, bien comidos, contentos y seguros de que aquel bolichero más que un trabajo les había dado una lección que debían descifrar.

En el puerto de Buenos Aires, después de semanas de frecuentar los gigantescos buques de tripulaciones rubias como soles, morenas como la noche, de gigantes y de enanos, que se comunicaban con trabalenguas, finalmente el

capitán de un carguero de bandera griega, que partía la mañana siguiente al Japón, los aceptó como mozos de cubierta, trabajo que pagaría viaje y comida. De vuelta a su alojamiento -para alistar sus cosas y partir al día siguiente-, bailando sobre la plataforma de un trailer vacío que salía del puerto, Poli perdió lo único que no debía perder: su pasaporte.

Esta pesadilla los devolvió a Salta, donde regresaron a la universidad, Roldán terminó sus estudios y después viajó casi tanto como soñaba en el puerto de Buenos Aires. Polifemo hizo viajes de consuelo sin moverse de la acogedora ciudad, sólo andando de su casa a la biblioteca. Hizo diversos trabajos, el más largo, el de sacristán de la iglesia cristiana Verdadera, cuando se fue a Jujuy.

La experiencia del Salar de Uyuni era duradera, sin embargo, Poli no dejaba de mirar el norte donde creía que algo debía encontrar. Pues bien, ya estaba en Bolivia, el primer norte y seguiría habiéndolos, lo que lo llevó a pensar que algún día su propio Norte acabaría señalándole el fin de este viaje.

Separado del polaco Mochilas, Polifemo se

vio responsable único de sí mismo, aun cuando a veces accedía a la palmada amistosa, al amor efímero.

5.

Compró una pequeña moneda acuñada en la Casa de la Moneda de Potosí, un barato souvenir fabricado para turistas. Pese a su origen, el objeto obraba modestos milagros. Polifemo la probó sin querer.

Un día que andaba necesitado de comida, resolvió separarse de su moneda ofreciéndola a cambio de una sopa. La vendedora callejera le dio el chairo pero no le aceptó el trueque, simplemente se la devolvió junto al caldo humeante,

- deje joven, sírvase nomás.

Ese fue el primer milagro. El segundo, menos explicable, le ocurrió en Cochabamba, también en Bolivia, cuando ya ponía rumbo

sostenido a su Norte. Acuciado por la necesidad de comprar un pasaje en bus, sin mermar los respaldos financieros del bolsillo del cinturón, se acercó a uno con cara de incauto vestido con cierta elegancia. La Cruz de la moneda era una cruz colonial y la Cara, el Cerro Rico; estaba artística y falsamente envejecida. El hombre, por generosidad o angurria, aceptó comprársela por la mitad de lo que pedía este argentino morocho, le pagó y se separaron para nunca más encontrarse. Cuando ya se acomodaba en el asiento del bus, Polifemo buscó el kleenex en el bolsillo derecho del pantalón y palpó algo redondo; asustado, lo sacó y comprobó que era la moneda potosina.

- Ha vuelto por arte de magia-, se dijo como única explicación posible. La cruz le daba aspecto de inocente medallita religiosa, pero sus prestaciones habrían de ser decisivas para obtener comida salvadora, pasar la noche en una pensioncita, pagar el boleto de bus cuando ya se veía imposible la suerte de conseguir que lo llevaran a dedo.

En una gran parte de los casos en que se acercaba a alguien para ofrecer su moneda en venta y explicaba el motivo, siempre una

necesidad básica, el interlocutor observaba los ojos nobles de Polifemo y le daba la ayuda requerida sin aceptar a cambio la monedita. Estadísticamente, había un 80% de favores sin aceptación de moneda, contra el 20 que sí era vendida y estaba de vuelta en su bolsillo, con lo que el milagro se ocultó detrás de hecho inesperado y luego quedó como un recurso más.

A Polifemo le gustaba su nombre, aunque alguna vez se antojó “Ulises”, pero luego de pensarlo bien, consideró excesiva tal pretensión. Después de todo, “Polifemo” estaba relacionado también con el gran viaje.

Pero, llámese como se llamara, ¿quién no anhela verse en un andén, quién no ansía rodar hacia lo ignoto, apearse en ciudad desconocida? Todos tenemos un atávico animal que codicia distancias y lugares nuevos. Para todos, hay una partida pendiente.

Y Poli sabía ya que estaba en medio de un viaje largo. Lo que se enteró después fue que ningún itinerario estaba impreso con tinta indeleble y que tampoco había horarios, ni tan siquiera destinos

6.

El paisaje de amplia gama de marrones del Altiplano, se convirtió de pronto en un jardín, al acercarse el camión a Oruro. Este mar de flores blancas y brillantes se extendía por kilómetros hasta que la vista descansaba en el horizonte. Miles, millones de flores que, observadas de cerca, revelaban su espantosa naturaleza: eran bolsas de plástico ensartadas en las púas de paja brava. Oruro, ciudad siempre barrida por los vientos, contribuía a la formación de tan ominoso vergel.

Con el alma ensartada por la pena, Polifemo pasó prácticamente de largo por la modesta urbe, que hiberna todo el año y sólo revive para el carnaval, con su plato fuerte, la Diablada,

según le informaba alguien que tomaba mezquino calor en un banco de la plaza 10 de febrero, antes de irse a buscar su transporte.

Ese compañero de tibieza, le hizo, además, el siguiente relato.

Hace años, el papa Karol Wojtyla visitó Oruro. En el más multitudinario de los actos en su honor, los orureños quisieron regalarle lo mejor que tienen, su folklore, y de él la Diablada, comparsa de demonios con cuernos retorcidos y crueles alimañas caminándoles sus caras feroces, vestidos con una capa sobre su ropa interior, y otros personajes bestiales y vengativos, al son de atronadoras bandas.

El papa esperaba durmiendo o meditando, sentado en el palco oficial, cuando la música de bronces y tambores le anunció la llegada del homenaje. Aguzó la vista cansada y vio a lo lejos las figuras infernales que saltaban acercándose, en medio del incendio de la tarde. Demudado el rostro, con un miedo creciente, el sumo pontífice, alcanzó a distinguir a diablos agresivos y resoplantes, y a diablitas sonrientes, lascivas, que exhibían impudicamente sus carnes. Aterrorizado, el santo padre los vio llegar ante él. Intentó inútilmente recordar ritos

exorcísticos para defenderse, y hasta pensó en huir, pero la avalancha de belcebúes, satanes, chinasupay y demonios lo paralizó, estado que mantuvo hasta que se fueron.

Apenas recobró el aliento, Juan Pablo II, juró por su dios no volver jamás a esta tierra adoradora del Diablo, juramento que cumplió: hasta su muerte, no apareció más por Oruro.

7.

Poli consideró que Oruro no le daría más calor y partió en busca de su inasible destino, siempre al norte. Allá estaba Cochabamba, en un valle amplio y generoso, con ciudades hospitalarias y su hosca capital.

Como le gustaba hacer, se apeó para ir en busca de la plaza mayor, que se llama 14 de Septiembre.

Allí, en vez de encontrar lo que solía encontrar en esas plazas: sombra, cafés, viejos negocios, periódicos, palomas, se vio en medio de decenas de hombres y mujeres en ropas de campo y rasgos morenos, llegados de su medio rural, en protesta contra el gobernador. Recordó Polifemo sus clases de historia sobre

las sublevaciones en las guerras de independencia, pero sonrió pensando que aquí no aparecerían las huestes realistas españolas para sofocar a estos alzados.

Caminó por entre ellos siguiendo las estaciones marcadas por su presencia, hasta llegar al río que parte la ciudad como una larga herida. Lo cruzó y entonces los vio llegar. No, no era el ejército realista que cargaba a sable y trabuco contra la población indígena rebelde. Era otro tipo de ejército. Una mayoría morena igual al de los ocupantes de la Plaza, sin embargo los diferenciaba la ropa y el lenguaje. Éstos tenían por uniforme remeras de colores con inscripciones y logos, pantalones cortos o jeans, gorras de béisbol, zapatillas deportivas, y la gran fuerza que otorga el odio y el miedo. Marchaban blandiendo garrotes distribuidos discretamente. Poli se acomodó en lugar sombreado mientras los bandos ya desbordaban a la Policía. Los del norte avanzaron golpeando a diestra y siniestra, sin importar que el destinatario del garrotazo fuera hombre, mujer o niño, aquel odio igualaba a todos con un sustantivo: “indios” y su complemento, “de mierda”.

Polifemo huyó atemorizado hasta llegar a una pequeña ciudad de edificios bajos, con su plaza principal convertida en mercado de frutos de la tierra y colores decididos en telares rurales, con quintas y chicherías que no vería en la capital. En una de ellas escuchó una voz engolada recitar algo como una larga oración. En realidad era un orador espontáneo que había elegido este local para repetir su cantaleta. Este hombre vestido con un traje que ya mostraba harta fatiga, explicaba a los oyentes lo que ya sabían, pero Polifemo tomó buena nota y sumó lo visto antes y lo que veía ahora, para comprender mejor por dónde andaba. El orador había acuñado dos palabras esenciales para su disertación: “chichicidio” y “chichericidio”, la primera se refería al ataque, con el fin de terminar con la chicha, la bebida de maíz, muy popular en el campo y la periferia de Cochabamba; la segunda, a los locales donde se la sirve, ambas, “víctimas de una furiosa y masiva campaña en púlpitos, televisión y diarios locales, pagada por consorcios de cerveza transnacionales, que señalaba que el beber chicha nos convierte en delincuentes, que la chicha está detrás de comportamientos viles e

irrespetuosos de la dignidad humana y de la propiedad privada”, exclamaba este histriónico disertante. Polifemo intentaba imaginar la trama contenida en la chicha, que ahora mismo bebía con placer, “acusada de llevar a la abyección a una sociedad entera”.

Mientras hablaba el hombre, Polifemo ha acercado la silla. Al concluir le ofrece una jarra. El orador acepta,

- gracias, pero, sólo un vasito.

Hay dos parroquianos más, listos para beber. No es un vasito, se refiere a un tutumazo. Poli se lo sirve, el otro deja caer un chorrito a la tierra

- para la Pachamama,

esto le gusta al salteño, y cada cual va echando un poco de chicha, ante la mirada complacida de la chichera. La pesadilla de la capital, no ocurre aquí en la provincia.

8.

En sus andares al norte, Polifemo Arias obtenía buenos consejos para seguir por la mejor senda, de diversos viajeros convertidos en compañeros durante algunos kilómetros o días.

En los caminos se movía una migración silenciosa y dispersa de mochileros clásicos, buseros *one way ticket*, polizones de trenes, fugitivos de la ley, de otros o de sí mismos, espontáneos indefinibles, parejas fiables, viajeras valientes, buscadores de la arista personal en la rosa de los vientos, y los arrastrados por la avenida de ese largo y angosto río humano. También, chicos y chicas venidos de otros continentes, como parte de su año

sabático o de prueba, antes de caer plácidamente en el *stablishment*, se mimetizaban inocentemente en estos trajines.

Algo había reconocible en todos, quizás la mirada esperanzada, quizás el alma rota de rostro cínico, o un afán de conquistar una meta. No faltaban los “infiltrados” que sólo querían sacarle el jugo a todas las atracciones de este circuito, en nada diferentes de los tan despreciados turistas, esos gordos con gafas para sol, bermudas y camisa floreada, según estatutos no escritos de los caminantes.

Asiste a Polifemo la memoria ajena que en ocasiones lo posee, como los espíritus de los muertos poseen a los mediums y hablan sus voces. En el caso de Poli, la memoria postiza era casi siempre del lugar donde él se encontraba en ese momento. Esa “memoria” puede ser, alguna vez, la crónica relatada en mesa de bar o banco placero.

Ahora, es la historia -ocurrida a mediados del siglo XX- del genuino indio norteamericano que viajaba su prueba de iniciación para regresar a ser jefe de su tribu. Un antepasado insigne de los autostopistas de hoy.

Ataviado de pieles y flecos, calzado de mocasines, el pelo negro muy largo adornado de plumas, este príncipe se ganaba la vida nómada con su revolver.

Su llegada a La Paz, Bolivia, causó sensación. Los paceños conocían a los sioux, recurrentemente derrotados por el hombre blanco, en las películas en blanco y negro, pues ahora veían uno en carne y hueso, y en colores.

La colt le servía para hacer su demostración de valor jugando a la ruleta rusa.

Un día, llegó a un sitio que resume gran parte de la historia de ese país: entre la calle Colón y la plaza del monumento a Simón Bolívar. Allí, ante un remolino de gente de sombrero, hizo su número. En el segundo intento se descerrajó un tiro en la sien y cayó muerto en medio de la sangre que manaba de esa cabeza que soñaba grandes cosas para su pueblo.

Miles formaban la sociedad nómada que se movía por los cauces del continente, con paradas parecidas, gustos diversos igualados por las necesidades primigenias: sueño sin sobresaltos y barriga llena.

El extendido hormiguero ambulante

construía sus señas de identidad, sus señales de sobrevivencia. Los caminantes se encontraban, conectaban antenas, se informaban y seguían sus caminos distintos. Así, se sabía cómo era la juega en Cusco, los hostales baratos en La Paz o Tegucigalpa, los precios en San José, cómo llegar a San Andrés y Providencia, la mejor hora para subir al volcán de Managua, cómo eludir Lima...

Eran el directorio oral gastronómico donde se recomendaba la mejor comida en su red internacional de restaurantes: los mercados con michelines, que obtenían las máximas calificaciones de sus gourmets en la escala del hambre y de la sorpresa.

En cada mercado se cocía la patria y sus alimentos encontraban el rastro profundo de la cultura, que superaba el mero hartazgo. En esos restaurantes bulliciosos y ardientes, hierve la cocina moderna y la milenaria, con el picante de siglos, el mestizaje de las especias, brilla la paleta de colores de las ensaladas, los frutos de honda oscuridad, de sol y de los aires; el lenguaje de los aromas, el gusto de las las carnes heredadas de la remota caza, gobernados por las manos de mujeres sabias y muy alegres.

Todo envuelto en la chala del maíz, adornado del grano de maíz, amasado en la harina de maíz en cientos de formas y texturas. Mil expresiones del cereal que salta de nombre en nombre a medida que los caminos se alargan en esta cosmogonía del Maíz que es la América. Sus surcos, los caminos por donde viaja la sociedad errante.

Poli conversaba gustoso con sus ocasionales compañías, en mesas de mercados, carrocías de camiones, en paradas y gasolineras, en las calles. Aprendía de ellas, le gustaba ser parte de un río continental. Obtenía experiencia, información y pertenencia.

9.

El chofer que llevaba a Polifemo y a otros a La Paz, anuncia a los mochileros que hará una parada de algunas horas, en un pueblo cercano a El Alto.

- Si quieren, busquen cómo seguir, o vamos a la corrida-, conmina e invita José, el señor del Mack.

Ávidos de experiencias, los aludidos responden un sí unánime, sin saber que estaban a punto de ver el duelo del toro y la serpiente.

El pueblo es en realidad un ralo barrio de esa ciudad que tiene el infinito como límite para extenderse, por el Altiplano, y por el otro lado, se descuelga sobre el abismo donde está La Paz.

Es la Villa 16 de Julio, como informan a voz

en cuello los carteles de fiesta, pegados sobre los camiones ya alineados -el suyo uno de los últimos-, que forman un enorme círculo, en la explanada donde se verificará la corrida de toros, número principal de la fiesta de la villa.

Está listo el ruedo para la lidia de este domingo. Su barrera son los camiones, veinte o alguno más, y otros vehículos; la arena, la tierra áspera.

Tres decenas de diestros esperan al primer toro. Uno luce un medio traje de luces y otro está tocado por una montera y de su brazo cuelga desteñida capa roja. Los otros los observan con admiración y un poco de envidia. Forman una tropa abigarrada de hombres de trajes raídos, jóvenes con zapatillas deportivas, niños con ropas que han adquirido el color de la tierra.

En medio del gran coso ha quedado atrapado un enhiesto poste de luz, un grueso y alto tronco clavado en el suelo.

Los matadores y los muchachos se inquietan, mientras otros que luego saltarán a la arena pasan los minutos debajo de las carrocerías que, con el toro en acción, harán de burladeros.

Esperan bebiendo chicha o cerveza y

picando de platos de chicharrón y enrollado de chanco. Polifemo y sus amigos reciben raciones y bebidas, ofrecidas por choferes y vecinos contentos de agasajar a los únicos turistas extranjeros en la fiesta.

El público va ocupando las carrocerías de los camiones como gradería. El grueso del gentío se apiña cerca de la puerta del corral. La multitud se anima cuando corre la voz: los animales ya se inquietan en el toril. El público trepa a sus puestos, los del ruedo callan atentos a esa puerta que franqueará el peligro.

Salta al ruedo el primero. Es un novillo blanco con manchas marrones, cornamenta ancha, de poca alzada, pero de gran ánimo. Sale patinando nervioso, desorientado. Se rehace, camina cauteloso entre el incrementado grupo de hombres y niños, que a su paso se abre y cierra como un ojal. El de la capa y montera se separa del grupo, enfrenta al animal, zapateando y agitando el trapo descolorido. El toro desconfía o no comprende. Un segundo reto lo convence y corre hacia el torero, éste lo capea con solvencia y quiere más, pero el torito se distrae con el entusiasmo de la tropa de matadores que jalean, gritan y se animan a

desafiarlo sin más armas que su inconsciencia. El de la chaqueta de luces brilla en la retaguardia. Despreciado el de la capa, el novillo arremete contra la multitud. Ninguno le hace frente, todos huyen, entre gritos y silbidos del público, a refugiarse en los burladeros de los camiones, salvo los treinta que han quedado en la arena. Son los valientes y entre ellos está el danés, uno de los compañeros de Polifemo.

El toro va contra ellos. Huyen en desbandada. Uno se refugia detrás del poste, los otros le imitan, se forma entonces una fila que crece detrás del primero. El animal los acosa y la serpiente humana se afana para situarse detrás del poste, en el lado opuesto a las temidas astas.

El miedo del enorme reptil y el ataque del toro forman una extraña danza: a la cabeza de la serpiente le basta un pequeño movimiento para evitar al novillo, en los siguientes los pasos se multiplican, los de la cola deben dar largas carreras. El público celebra ruidosamente las ondulaciones de la enorme víbora acosada por el toro.

Al final, el culebreo se quiebra en pedazos y los valientes huyen en todas direcciones, o persiguen al torito que tiene en el lomo una tela

de color, a la que han cosido billetes de diverso valor, que llaman “enjalme”. Ese es el premio al valor de los toreros, pero deben arrancárselo.

El astado corre todavía un rato, alcanza a alguno, atropella, hiere y pisotea. Luego lo arrean invicto a los corrales.

Después del novillo café con leche, vendrían dos más, los que dieron el espectáculo con la yapa de la víbora humana zigzagueante, para el regocijo de todos.

Aquí no se hiere y menos se mata al toro, tampoco él puede hacerlo con sus cuernos romos.

Un toro fresco salta al ruedo, también los toreros, algunos con magulladuras. El mochilero danés cojea de felicidad por un topetazo.

El resultado de la fiesta se midió en litros de bebida, los kilos de comida y las bajas de los espontáneos. El dinero que los padrinos o pasantes de la fiesta arriesgaron en los enjalmes, se salvó esta vez, hasta el próximo duelo entre el toro y la serpiente.

10.

Vio las constelaciones derramadas en el inmenso cráter, el momento que el Mack amarillo asomó por la Ceja de El Alto.

Apoyados en las tablas de la carrocería, Polifemo y otros forasteros prorrumpían en ¡ahhhes!, ¡ohhhes! cuando el Altiplano se abrió de pronto y, allá abajo, brilló La Paz.

Si hubiera sido astrónomo, por lo menos aficionado, habría reconocido la gran Cruz del Sur en las estrellas Mallasa, Bolonia y Següencoma; el Escorpión con su cabeza en refulgente San Francisco, sus pinzas, una en el misterioso astro de las magas y brujas, la otra, en titilante fricasé de la placita Alexander, y el agujijón en la estrella apropiadamente llamada

Terminal...

Pero Polifemo no era astrónomo, ni especialista en disciplina alguna, y seguiría así por lo menos hasta llegar allá, a la ciudad donde el cielo está donde debe estar, y el smog le impidiera ver Orión, aun cuando estuviera sobre su cabeza.

El salteño recorrió La Paz solo, acompañado, caminando, en micros, volando en LSD, sobrio y ebrio, y nunca se encontró en el mismo lugar, porque en esta ciudad no sólo la luz posee movimiento autónomo, sino también las calles y casas. Esta esquina no es la misma a las 10 de la mañana y a las 7 de la noche, la luz y la sombra hacen su trabajo reconocible, pero las ventanas de la casona cambian de forma, las maderas de los portones rejuvenecen, los muros se hinchan como si respiraran, el poste de la luz llega y reemplaza a la vendedora de paltas... Esos atributos han desorientado a muchos viajeros que luego de algunas horas caminando ya no pueden encontrar su hostel, y cancelado grandes amores que debieron comenzar en cita urbana, pero, también han mareado hasta la estupidez a esbirros y represores que perseguían libertarios.

Si preguntas a uno nacido aquí, sobre este embrujo, se alzar  de hombros, cuidadoso de la omert  paca a; si le dices que has sido testigo de este fenómeno, lo aceptará,

- t  lo has dicho, hermanito, t  lo has dicho...-,

y se inventar  algo sólo para seguir la farra.

Lo que pintan los cubistas, en La Paz es realismo.

Los paca os aman su gran montaa nevada que tiene la gracia de la ubicuidad. A ratos está encima de la ciudad y de pronto se la ve lejana cuando se ha ido a conversar con el lago Titicaca. Hay calles que a veces desembocan en ella, a otras las evita, brilla en diversos colores apacibles y alguna noche se recoge en la oscuridad y desaparece. La llaman "Illimani".

Polifemo dejó la mágica esquina para irse al norte. Había madrugado para no despedirse de Sylvie, pareja de tres días y tres borracheras mudas de palabras, pero elocuentes en gestos y caricias; argentino y francesa fueron el Tarzan y la Jane de los antros y callejuelas, haciendo el camino al lecho de la casona del barrio viejo. Se habían entendido lo suficiente, la una para

relajar músculos y apagar nostalgias, el otro, como mecanismo de repostar el alma y tomar impulso para continuar su camino. Así se explicaban a sí mismos, pero, en estas coyunturas, unas veces las palabras no alcanzan y, otras, ocultan.

Años después, Polifemo se asombraría de no haber advertido los poderosos mensajes emanados de los ojos verdes, que hoy sus sueños le traen minuciosa, periódicamente, en sabor amargo.

Partió una hora antes de la pactada para salir juntos, de modo que alcanzó el bus al Cusco, de las 8:00 que salió en hora.

En La Paz quedó durmiendo Sylvie, sin saber que la última hora había estado sola en la cama. Al despertar, esa soledad se agudizó por dos flancos, ambos intuitivos. El primero, su pareja eventual había partido y no volvería. Lo sintió en el alma y lo aceptó con la naturalidad de viajera, las relaciones también solían ser nómadas. Sí lo lamentó porque sabía que habría podido amar a Polifemo Arias a quien consideraba un buen prestidigitador por su recurrente truco de la moneda potosina, y porque ese novio fugaz quizá llegaría a saber

que, efectivamente, era un mago, menor, pero mago genuino. También comprobó cómo Poli tenía cierta destreza para encontrar, detrás de las puertas, una ruptura de tiempo y espacio, pequeña pero salvadora. Sí, había algo de magia en el huido. El otro flanco se le reveló con el mensaje de su naturaleza, de su cuerpo. Sylvie sintió algo sembrado dentro de ella, temió lo mejor y lo peor como había previsto si se hallara en tal circunstancia, pero lo tomó con calma: tenía tiempo todavía para decidir si abortar o no. Mientras tanto, recorrió los miradores de esta inaudita ciudad, desde donde se convenció de que es hoy un cuadro cubista, mañana un cuento material, pasado mañana torrencial morenada, ciudad que es siempre otra, simultánea, aun sin ayuda de Polifemo...

11.

En Perú, los viajeros sufrían diversas plagas, pero había una que llegaba puntual: los ladrones de equipaje.

Merodeaban sin disimulo en las terminales de buses, a rostro desnudo y casi alardeando de su oficio, a la espera del turista, del mochilero, del viajero confiado.

Victimarios y víctimas se mezclaban en promiscuidad pública, bebían gaseosas, café, api, en los mismos locales callejeros, comían en la misma mesa. Los ladrones hacían de guías turísticos, de asesores de seguridad de los viajeros, les aconsejaban qué se debe y no hacer para estar libre de sobresaltos, señalaban horarios, recomendaban la empresa de

transporte más confiable, informaban de precios justos de entrada a museos o atractivos como Nazca. Se acercaban a mirar las fotos familiares de los turistas, se interesaban por sus familias, por la vida en sus países lejanos, adulaban. Y luego se iban, llevándose el equipaje elegido.

Cuando la víctima echaba en falta su bolsa, corría por todos lados buscando el rostro que ya había olvidado, abrumada por el parecido de toda la gente que pululaba por entre buses y puestos de venta. Vencida, no era raro verla consolada por un solícito colega del ladrón.

No sólo se sufría robos, también se experimentaba la vida cotidiana en todos sus matices. En la calle de la terminal de buses, un borracho orinaba copiosamente contra la pared, cuando sintió que alguien le llamaba por su nombre. Sin interrumpir el fluir de su descarga, giró en busca de su amigo, justo cuando pasaban dos inglesas cargadas de sus mochilas. La sorpresa, el asco, la ira, la impotencia se dibujaron en los rostros sonrosados. Tuvieron que, tibiamente mojadas, seguir de largo, hacia su bus: había que soportarlo todo para “hacer” Sudamérica, ganarse el derecho de establecerse

en su país.

Poli sintió que debía subir a Machu Picchu. Durante el zigzag del viaje, un compañero accidental se refirió a sí mismo con tan enfermiza admiración que le provocó nauseas; luego, cuando cruzaban el caminito de tierra, con precipicios a ambos lados, el maniático resbaló y Poli se vio tomándole la mano para salvar su vida, de lo cual casi se arrepintió, pero esta minucia duró lo que duran las minucias.

Polifemo sintió, en el llamado de Machu Picchu, conmoción igual a la recibida en el Salar de Uyuni. Allá la voz de la tierra, aquí, la del pasado.

Tocó reverente la piedra eterna de la arquitectura de esta ciudad, erigida sobre los planos de un sueño colectivo. Este contacto electrizó al salteño como si recibiera un nuevo certificado de nacimiento: nació lo que ya nacía al emprender este viaje, se vio bebé clamando por la teta latinoamericana; su familia se multiplicó de repente. Se hizo hermano e hijo y nieto de Atahualpa; desde hoy, sería su deudo. Cada paso por esta América era internarse en su propia casa, ignorada hasta ahora.

A Machu Picchu subió un argentino, bajó un latinoamericano.

En uno de los buses abordado en la terminal de Cusco está ahora Polifemo, rodando al norte por camino de tierra. Va recostado en el asiento, durmiendo. Sueña con una mujer de ojos curiosos caminando por un cuadro.

Serían las tres de la mañana, cuando lo despertaron el silencio y la inmovilidad; el bus estaba detenido, pero no se veía ningún pueblo. La parada sería para reparar algo del vehículo, pero nadie salía, ni había ruido de trabajo ni en el motor ni en las ruedas. En la filtrada luz de la luna, petrificados pasajeros miraban por las ventanillas el mundo plomizo. Buscó Polifemo el destino de esas miradas. Una marea de tarántulas trepaba por el vehículo y alcanzaba los vidrios en su camino al techo. La visión le heló las entrañas e incorporó a la inmovilidad pánica del pasaje. El bus, por donde se mirara, estaba envuelto en ese ejército de pelos y patas sin prisa, alumbrado por la luna. Sentirse cautivo de ese repugnante capullo era atroz. El manto de arañas oscurecía el interior del bus aumentando el terror.

Luego de una eterna hora de trajinar equipajes y rendijas del vehículo, las arañas descendieron tan lentamente como habían subido y desaparecieron en la oscuridad del arcén. El miedo inconfesable, el poder de esa especie, acallaron cualquier intento de comentario entre los pasajeros.

Arreglado el desperfecto, continuó el viaje y todos volvieron a dormir, jurándose que sólo había sido una pesadilla.

Lima fue la noche sucia, las piedras sucias del centro, la versión sudamericana de la mugrienta Londres de Jack The Ripper. También aquí el mal olor era el de la pobreza, sazonado con los pescados colgados junto a la ropa en tendederos de patios y terrazas. Poli tuvo que acompañar a alguien en busca de una farmacia, pateando ratas y corriendo de sombra en sombra, como en tiempos de toque de queda, no perseguidos por el uniforme golpista, sino por un acechador distinto, pero también temible y numeroso, el ladrón nocturno.

En el día, cada semáforo era una especie de partida de carreras de colectivos abollados con apenas rastro de su pintura original,

persiguiendo al desorientado Poli que se atrevía por la calzada de una avenida. Más desorientado todavía por las indicaciones al revés, de los limeños que confundían lo moreno del argentino, con el de “sus” serranos o de los vecinos bolivianos, como carne de cañón para su mofa.

En una reunión de nómadas y nativos, Polifemo se animó a tomar la guitarra que circulaba tropezando con los piscos, y se acompañó una de sus zambas queridas, cantando lo mejor que pudo; aun antes de que terminara su lamento final, alguien se la arrancó de las manos y se puso a cantar también una zamba argentina, adornada de punteo; era uno de los anfitriones de la guitarreada en la modesta casa de la periferia limeña. Luego, ya cantaba otro, al que hicieron lo mismo. Con la guitarra descansando, volvió la conversación. Uno contó que en su lejano país le esperaba su viejo y querido coche de no sé qué modelo, otro, que volvería a la granja de sus padres; al instante dos peruanos poseían coches más nuevos y tierras más extensas... No hacían más que corroborar lo que un limeño le dijo susurrando su vergüenza con ironía, “nadie

puede ganar a los peruanos, en nada”. Uno se preguntaba dónde estarían los destinatarios de canciones, versos y voz de uno de los faros de la música latinoamericana, Chabuca Granda. En el sur y en la sierra, seguramente.

12.

El norte se convirtió en su Norte y, ya en el Ecuador, en algo más propio que un punto cardinal. Sabía que su marcha tenía vagos objetivos de conocimiento, prueba de sobrevivencia, descubrimiento de su oficio, pero sobre todo el “hacer” -como hacían los nómadas aquí- éste y otro continente, no importaba cuál.

Pero, en el todavía corto trayecto desde su partida, Polifemo observó que ese “hacer” un país, significaba para muchos, algo como una carrera por etapas, donde los competidores no ven sino la ruta a la meta, sin advertir el paisaje por el que discurren.

Como esos tours colectivos organizados por

agencias de viaje, que salían de Salta hacia varias ciudades de Europa. A su vuelta, cuando los turistas relataban su aventura, confundían ciudades, monumentos y ¡oh! avenidas comerciales donde compraron el louis vuitton falsificado, debido a las prisas con que eran arreados, quedándose sólo con lo que ya sabían antes de partir: la torre Eiffel estaba en París, el Coliseo, en Roma.

Igual que en esa parodia de viaje y viajeros, había también mochileros que no veían aunque se detuvieran ante alguna maravilla. En vez de mirar, y quizás pensar un poco, sacaban su arma favorita, la cámara fotográfica, y veían a través de ella, y era como si vieran fotos, en vez de contemplar el portento natural o histórico a ojo pelado, que es el que transmite la emoción, la experiencia real a la memoria y se vuelve conocimiento.

Dejó de lado, entonces, la premura y enrumbó a ese norte más nítido, menos ambicioso. Lo hizo cuidando sus recursos vitales: al partir, en el bolso de marinero tenía la ropa y los libros; en el cinturón, el pasaporte, el dinero, el de la indemnización de la Iglesia Verdadera y el que le dio su madre junto a los

panes bendecidos de ella, que le horneara la madrugada de su partida, y la moneda mágica de Potosí.

La suerte de la puerta que Sylvie había descubierto y ahora él creía haber adivinado, tenía algo de la moneda, era ambigua. Sin declararse abiertamente un prodigio, en ocasiones de verdadera necesidad, servía para transportarlo en el espacio y el tiempo, pero sin mayor espectacularidad, apenas unos segundos y unos metros. Y en cualquier puerta.

En el imprudente hurto en el supermercado de Guayaquil, Poli se vio descubierto por un abultado vigilante, poco antes de llegar a la puerta por donde salió de prisa al estacionamiento. Cuando el guardia la abrió, segundos después, no encontró a nadie y tampoco había alguien a la vista. El vigilante se rascó la cabeza rechazando explicaciones sobrenaturales; prefirió, como la Zorra, atribuir a las uvas de su obesidad el triunfo del ladronzuelo. Polifemo observaba desde una esquina cercana cómo se rascaba la cabeza, señal de que acabó la persecución. Episodios así eran los comunes y parecían comunes, nada de Copperfield, en todo caso. Vivió situaciones

más extraordinarias de las que salió con ese otro tipo de magia llamado destino, suerte o azar.

Su moneda obraba milagros sencillos, el truco de la puerta era magia de pequeño alcance. Ambos socorrían en situaciones límite y cuando su hado lo aprobaba, pues no se manifestaban a voluntad de su dueño. Se diría que contenían alguna sustancia moral. A veces, lo hacían hasta en contra de su deseo y nunca obedecían a un capricho. Eso lo comprobó el día que quiso presumir, en Medellín, y quedó en ridículo. Pero, pensándolo mejor, no completamente: los buenos paisas le consolaron con una bien servida cena, y eso, para un caminante es un milagro, si no de los grandes, sí de los muy gratificantes.

Polifemo había decidido darse el lujo de abordar un cómodo bus en la frontera sur de Ecuador, con destino Quito. Los puntos fronterizos son los menos aconsejables para buscar transporte gratuito, por allí abundan los bichos de la ley.

Para completar su confort, los parlantes del bus arrullaban al pasaje con los boleros de Julio Jaramillo.

Cuando se veía abrumado por la buena suerte, Polifemo era locuaz, comunicativo, lo que llaman en su país, “un tipo con ángel”. A su lado viajaba un hombre menudo que miraba obstinadamente por la ventanilla.

Cuando comenzaron a hablar caía la tarde, al terminar, era noche cerrada, sin luna, una boca de lobo, la habría descrito su vieja.

Le decía Poli, que Argentina era una segunda patria para Jaramillo y largó una o dos anécdotas atribuidas a un supuesto tío, referidas al paso del cantante ecuatoriano por el norte argentino, con su cargamento de los tristes amores, odios eficientes y asesinos despechados de sus boleros, escuchados en medio del aroma de glicinas en patio salteño. El otro asentía con la cabeza y laconismo, hasta que Poli perdió el ímpetu, amainó su elocuencia y cayó en un profundo sueño cuando advirtió que su interlocutor ya dormía.

Despertó a medias con el murmullo del motor del bus parado, despertó a tres cuartas cuando se percató de que su compañero de viaje no estaba, y despertó entero al comprobar la desaparición de su querido bolso de marinero. Corrió hasta el chofer,

- ¿bajó alguien?
- sí, dos pasajeros,
- ¡uno se llevó mi bolso!

la dramática revelación no inmutó al conductor.

Polifemo bajó a la noche negra, corrió unos pasos convertido en ciego por la absoluta oscuridad, tropezó algo más para tranquilizar su conciencia, expresar su reclamo, para no mostrarse conformista y cobarde ante el público que llenaba el bus, pero no recibió ninguna muestra de aprecio ni apoyo al volver vencido a la atmósfera cargada de sueños, cansancios y gases. Sentado, odiando a Jaramillo, que había vuelto gracias al chofer, súbitamente solidario, que ya ponía en marcha su nave minúscula en la colosal tiniebla.

Polifemo hizo el inventario de los daños: perdidos la ropa y los libros de Lezama Lima y Rice Burroughs, el primero todavía virgen, salvo el asomo al verso del deseoso, y el segundo sin haberle concedido la relectura del pasaje donde Tarzan aprende a leer, sin más ayuda que su propia deducción.

Los aparejos básicos de viaje estaban intactos, tenía su pasaporte, unas cartas de

presentación y algunos certificados, la moneda mágica, el conocimiento de la puerta, los dólares arrugados y una bolsa que había olvidado, una de esas que se pliegan hasta su mínima expresión, pero desplegada sirve para llevar algunas cosas. Ya la llenaría con su moneda, la puerta y otras mañas que le enseñará su maestra Necesidad. Lo primero, unas extrañadas alpargatas Alpargatas argentinas, llamadas por aquí, con evidente acierto, “abuelitas”.

13.

En el gran puerto de Guayaquil, donde Poli esperaba acercarse a los manjares del mar, le sucedió como otras veces, lo contrario. Vio el horror en los cientos de atados de redes llenas de cangrejos agonizantes, manoteando desesperados, víctimas de voracidad enajenada de los que tragan mucho más de lo que sus barrigas (y bolsillos) pueden tragar. Se fue por pan y fiambre a un supermercado, y partió.

En Quito había cruzado otra frontera (además de la convencional “mitad del mundo”).

Allí terminaba el Territorio de la Papalisa, que aquella anciana potosina había plantado para siempre en su alma y paladar. Desde

entonces acudía a esta maravillosa papa cuando pasaba hambre y en momentos en que decidía regalarse con una pieza de arte vegetal. La reconoció en muchas de sus formas, servidas en mesas de mercados o en platos de papel periódico en los puestos de la calle. Cuando dejó la Tierra de la Papalisa y se alejaba, cayó en la cuenta de cuánto había sido conquistado por ese tubérculo translúcido de gusto inédito. Habría otros provocadores papilares en estas tierras donde la vida late en los mercados, pero ninguno como el de la papalisa, se decía, consciente de la difícil fidelidad en estos asuntos.

Cerca de Pasto, en Colombia, Polifemo encontró a Gabriel García Márquez.

Descansaba el argentino a la sombra de un árbol en el campo, con los pies cuidados por sus abuelitas y los botines de caminar atados a su bolsa precaria. Lo vio venir a lo lejos. Era un hombre alto de zancada amplia, una sonrisa le llenaba la ancha cara. Se sentó junto a Poli y habló. Una mínima pregunta del viajero desencadenaba un torrente de palabras y relatos recitados sin esfuerzo. En las horas que duró la

pausa de su caminar, el hombre le contó, por lo menos, tres cien años de soledad, con detalles que parecían salir de ese libro maravilloso, pero que salían de la boca grande de este colombiano, dando la razón a la mamá de Gabo que una vez dijo no haber leído la famosa novela de su hijo, porque todas esas historias ya las había escuchado en casas de su pueblo.

Polifemo se sintió privilegiado oyente que se enteraba de la existencia de primas de Remedios La Bella, Melquíades de diverso origen, Úrsulas de la selva y los Andes, mariposas e insectos de todos los colores, guerras actuales y remotas, aglomeración de nuevos Aurelianos y Arcadios, todo cruzado por amores derechos y torcidos, relatados con vocabulario admirable.

El salteño quedó embelesado por los relatos dichos como al descuido, porque este hombre no daba una conferencia, simplemente conversaba, a modo de descansar.

Al despedirse, el García Márquez campesino le pidió que le regalara sus botines. Esa fue la negativa más dolorosa, Poli tenía todavía muchas leguas por delante.

14.

La ley es enemiga natural de las hormigas viajeras, siempre lista en todas sus caras -policía, aduanero, patrullero, municipal, migra, gendarme, patovica- a cobrar, multar, morder las mochilas, el dinero, las tarjetas y los viejos cheques de viajero. Un previsor aconsejaría tener dinerito suelto para esos encuentros y así lo hacía una buena parte de los caminantes.

Las noticias transmitidas de antena a antena decían que aquellos ataques a los bolsillos se multiplicaban en el país que acababan de “hacer”. Como siempre, había que separar información de desventura personal.

En Ipiales, puerta de entrada a Colombia, conoció la excepción a la regla. A metros

prudentes de la caseta policial, mirándola de reojo, Polifemo instaló su espera por el samaritano sobre ruedas. Poco rato después, se acercó un policía colombiano. Le preguntó, más que exigió, su nombre y nacionalidad. Hizo la consabida broma sobre Gardel que cada día cantaba mejor..., su devoción por el cantante argentino era tal, que hasta parecía orgulloso de que hubiera muerto en su país, en el famoso accidente aéreo de Medellín. El salteño agradecía ese continuo homenaje, pero, esperaba que algún día alguien le mencionara, en primer lugar, a Los Chalchas, Falú o, por lo menos, a Hernán Figueroa Reyes.

El policía colombiano se puso a parar a cuanto camión iba al norte. En el cuarto, lo embarcó con recomendaciones de buen trato y “comida decente”. Poli le agradeció hasta que desapareció allá atrás en el camino y sigue agradeciéndole de memoria, hasta ahora.

Esta clase de gestos existen, pero no son los cotidianos, por eso son efusivamente valorados por los mochileros y, cuando un policía lo ejecuta, la gratitud es doble.

La primera lección aprendida mucho antes de llegar, fue que si un policía en México camina

por una acera, te vayas por la de enfrente, y te empequeñezcas lo más que puedas.

Parecía que en ese país, la Policía cayó en la cuenta de que disponía del poder y las armas para asistir y conculcar, robar y atrapar ladrones, según le conviniera.

El temor a policías fue el que movió a un exiliado en el DF a imaginar la mejor estratagema para evitar el robo de los cien dólares que guardaba para un destino más honorable que gastarlos en tacos y tequilas. Concluyó que el sitio ideal para ocultar su tesoro era un zapato, de ese par que usaba muy de cuando en cuando; lo colocó bien extendido sobre el cuero interior. Cuando llegó el honorable momento de usar el billete, buscó el zapato y allí estaban sus cien dólares intactos, brillantes, pero... irremediabilmente adheridos, incorporados al cuero sobre el que había caminado inadvertidamente. Anduvo unos días con el zapato en la mano, con el solícito rostro de Franklin, pero no consiguió que nadie aceptara su billete en semejante marco. Así terminó ese cuento sin moraleja.

En las murallas que protegieron de los piratas

a los piratas, en las costas de Cartagena de Indias, con cañones todavía apuntando al mar Caribe, Polifemo descubrió una veta de hospitalidad. Jairo se lo llevó a su casa grande y bulliciosa. Allí conoció una síntesis demográfica del país: hermanos, sobrinos, abuelas, primas, tíos poblaban la casona llena de voces y vida. Para comer iban, Jairo y Poli, a su restaurante en una calle también en el barrio viejo.

Hacia el final de los pocos días de su estancia, su amigo le advirtió que esa noche habría una pelea en la esquina del restaurante. Le hizo prometer que no intervendría en ningún caso.

Efectivamente, a la hora señalada, apareció un grupo de unos veinte jóvenes que se apostaron frente al local donde esperaba igual número de rivales. Salieron y sin decir nada, comenzaron una batalla furiosa y violenta sin más armas que sus cuerpos. A los diez o pocos más minutos y a una orden que nadie dio ni oyó, la lucha cesó de repente. Quedaron algunos combatientes en el suelo, casi desmayados, otros ensangrentados y pocos ilesos. Los visitantes se fueron en procesión doliente y los de acá convirtieron el restaurante en hospital de campaña silencioso.

A un Polifemo todavía desencajado, le parecía vivir un extraño sueño. Repasó los hechos. Al final sólo aventuró una explicación que le parecía absurda cuando comenzó a pensarla, y penosamente plausible cuando terminó: Estos jóvenes gladiadores parecían haber satisfecho una necesidad física y espiritual, como se hace en el amor, sirviéndose un banquete de violencia que les demandaba un sino más allá de su voluntad, como si la violencia fuera inherente a su naturaleza. ¿Habrá sido la airada historia de este país, tan larga, intensa, cotidiana, que ya estaba en el ADN de su gente? La idea era insensata, pero lo que vio, también.

Al otro lado del camino optado por Polifemo discurre paralelo otro océano, el vegetal y tan vasto como el de agua salada.

Brasil iba quedando atrás, como si se pudiera, distraídamente, ignorar su presencia constante, mientras se avanza país tras país.

Para el salteño, como para millones que habitan montañas, mesetas y valles de Los Andes, ese territorio enorme y selvático es, de cierta manera, ajeno. Puede ser que la barrera

del idioma impuesta por el pacto colonial, la perspectiva del paisaje de caliente jungla, la cultura llegada y alimentada por siglos desde el otro mar, o quizás un atávico miedo a lo gigante que hierve, induzca a mantener esa estación separada de itinerarios. Pero, nadie puede pasar de largo por el Brasil, sin por lo menos hacerse la promesa de visitar el país-mundo y, además, otros millones de andinos o no, se llegaron a sus selvas, sertoes y playas para tener experiencias, y vivir vidas, maravillosas.

En el cuaderno de bitácora de Polí, se lee que él, no.

Con la atención sólo distraída por aguardientes y siluetas recortadas en luz de velas, y cumbia de la buena, en playa cartagenera, Polifemo escuchó la historia del nacimiento de Panamá. La verdad era de una simplicidad abrumadora: las difíciles negociaciones de las empresas y el gobierno de Estados Unidos, con Colombia, para acordar la apertura de un canal entre los dos océanos, hizo que aquellos poderes económicos tomaran una decisión: azuzarían la secesión del departamento colombiano en el istmo, crearían en Panamá un gobierno dócil y firmarían el contrato con éste. Así ocurrió, el canal y sus alrededores fue propiedad gringa durante un

siglo.

Aun antes de enterarse que no podría ir a Panamá por carretera, porque simplemente no la había, debido a la muralla verde de la selva del Darién y sus peligrosos pantanos, Poli renunció a visitar tal país engendrado en Wall Street, y se largó a islas del Caribe asequibles a bolsillos de jeans.

En las islas colombianas San Andrés y Providencia, bastaba meter la cabeza al mar, incluso muy cerca de la playa, para hacerse parte de un mundo silencioso de colores y formas fantásticos.

Poli tomó una pieza en un modesto hostel, dejó su pasaporte en la administración como garantía de pago por alojamiento y comida, y se echó a gozar del Caribe.

La cercanía del mar azul y el clima ardiente fueron también experiencias espirituales y capilares memorables para el salteño de aires de montaña y hogar mediterráneo.

Admiró esa infinita y azul criatura de agua. A la vez, temía que de algún modo despertara, lanzándose sobre islas y continentes. A la belleza del mar se unió el desasosiego producido

por la constatación física de estar en una isla.

San Andrés tenía una colina para sus urgencias orográficas, a cuyos pies se asentaba el pueblo y algo más lejos, el aeropuerto. En unas largas y tórridas horas, uno podía darse una vuelta completa a la isla, visitar un caserío colorido, curioso y distante donde sólo se hablaba el creole, y detenerse a observar minuciosamente los grandes, mansos, espectrales camaleones que te perseguían con sus ojos autárquicos. Esos paisajes los había visto -o quiere creerlo- en la vieja Papillón con Steve McQueen y Dustin Hoffman, y ese recuerdo apuntalaba su aventura.

En las noches, el comedor del hostel era una fiesta no declarada, con su maestra de ceremonias, la marihuana. En una, se hicieron amigos Perú y Salta, no precisamente en calidad de invitados.

Para evitarse esfuerzos de memoria y percances con la nostalgia, los viajeros se llamaban por su origen; así, habrá un Perú nuevo en el camino y éste será olvidado; Polifemo dejó de ser Polifemo para convertirse, en largos tramos de tiempo y camino, en Salta.

Alberta, por ejemplo, era un joven negro de

esa ciudad canadiense. Con Alberta, Salta viajó por Colombia en un enorme camión verde. Al principio discutían mucho porque Alberta era un curioso caso de negro racista con respecto a los indios de Sudamérica, y la piel de Salta lo hacía parte de su discriminación, pero declararon una tregua hasta terminar su tramo juntos. Esto puso fin a la polémica, se hicieron buenos amigos y Salta está seguro de que Alberta abandonó sus prejuicios ya entonces. Compartieron episodios que produjeron diversas sensaciones, sin importar sus colores.

El vastísimo valle del Cauca, océano de cultivos, se abría de tanto en tanto como un Mar Rojo verde para dar paso a camiones y viajeros. Ese día iban Alberta y Salta montados en sendos guardabarros del gigantesco International, cuando una figura apareció en el lejano horizonte. A medida que se acercaban se adivinaba una figura humana caminando a su encuentro, menos lejos, una mujer por el sombrero y la cartera y, ya a tiro de piedra, era una hermosa joven vestida tan sólo con un sombrero, tacones y cartera. Aquel medio rural era claramente ajeno a esta aparición de intachable peinado y con un rastro de colorete

en las mejillas y rojos labios; era comprensible el estupor de Alberta y Salta. La belleza pasó regalándoles una sonrisa, que vieron fugazmente para no desatender el paisaje de las vertiginosas dunas de sus senos y la quebrada del sur. Pasó y se alejó con paso sereno, sin mirar atrás, rematándoles con sus nalgas perfectas y expresivas. Cuando era ya un puntito en la lejanía, acompañada y conquistada por los muchachos, los dos volvieron en sí, volvieron y se volvieron al chofer, interrogantes. Éste les explicó que esa región era conocida por el gran número de locos y locas, sin poder aclarar las causas de tal hecho.

- Para nosotros es natural, no es como para ustedes-,

les dijo.

De Alberta, con más larga estadía en ese país verde, Polifemo conserva, sobre todo, su certero resumen: “En Colombia, si tienes, te quitan; si no tienes, te dan”, que más adelante comprobó en varias ocasiones.

El Perú de la isla de San Andrés era un gordito vestido demasiado formal para los calores del Caribe. Su rotundo Norte era la

clínica de Montreal, donde tijeras, bisturíes, lancetas le convertirían en una mujer con todos sus atributos. Mostraba el folleto de publicidad de la clínica y decía que guardaba el dinero para pagar, sin que lo tocaran los avatares del viaje. En Perú todo era ingenuidad. La candidez con que revelaba planes y tesoro, la confianza en cualquiera..., parecía necesitar mucho más de lo que ofrecía.

Se hicieron buenos amigos, gozaron de banquetes de mariscos, intensas sesiones de cerveza y yerba y ¡zaz!, se acabó el dinero de cirugía y reservas de los dos. Perú nunca había tenido el suficiente, todo era una ilusión; lo que sí era real, era su tenacidad, que es la versión provechosa de la fe.

Comenzó a apretar la crisis para los dos amigos. Les quedaba el mar gratuito y la dieta de comidas caseras del hostel, con lo que pasaban el día. Los dos eran resultado, como muchos en la isla, de la burocracia colombiana.

Para entrar en el país se debía presentar un boleto aéreo de salida y cuando averiguabas el tramo más barato para dejar Colombia, te señalaban el vuelo San Andrés-San José de Costa Rica, entonces, los viajeros

“económicos” cambiaban ese tramo por el de llegada a San Andrés, con la esperanza, no meditada, de que la vecindad de la isla con Costa Rica les facilitaría la continuación de su viaje. Los dos amigos habían llegado a esta isla por la misma razón. El cambio de boletos los dejaba con la isla casi como su destino final y, día que pasaba en ese reino de luz, más sombrío.

En una de esas fiestas en las que todos, salvo Perú y Salta, gozaban de cerveza y yerba sin límite, alguien observaba a esos dos que estiraban su cerveza, esos que recibían muy de rato en rato la limosna de una pitada. Era el *dealer* de la marihuana destinada a los alojamientos de esta clase de huéspedes. Los abordó, les invitó ambos combustibles y les propuso, sin mayores preámbulos, que se encargaran de distribuirla, ya que él estaba fichado por la Policía. Este negocio les permitiría ajustar el plazo de permanencia en la isla y partir hacia sus Nortes, se dijeron con los ojos y le respondieron que esperara un momento, mientras daban cuenta de porros y birras. Entusiasmados, hicieron los cálculos y aceptaron. La mercadería llegaba por un

mensajero, en cajas de marlboro, a tanto la caja, la mitad o el cuarto, y era de la mejor, les constaba. La ganancia habría sido poca, pero esponjando cogollos para que cupiera menos en cada medida, podían hasta doblar su comisión y, encima, quedaba para sus propios viajes estacionarios. El de la partida de la isla, necesitaba más tiempo.

Como nuevos dueños de las humeantes fiestas mochileras, las gozaron en todos sus matices, pero, después debieron desacelerar ese tren y comportarse como los respetables comerciantes que debían ser. Esto duró las largas semanas en que, sin descuidar el esparcimiento, pudieron reunir el dinero para pagar su creciente deuda en el hostel y acopiar para el vuelo al istmo.

Los planes de Salta y Perú eran diferentes, como diferentes eran los de todos los nómadas, aunque caminaran juntos. En cada uno que se colgaba una mochila y afinaba el pulgar, había matices que lo hacían particular, cada uno un individuo que caminaba solo, con el peso de su propia historia y sus metas personales, si tenía alguna, todo metido en el sitio más profundo de su bolsa, como sucede también con los de la

sociedad sedentaria, pasajeros de naves inmuebles, viajeros de oficina.

Esto pontificaba Salta ante un Perú que no se esforzaba por atender, pero comentó que era extraordinario oírlo de un argentino

- ¿no eran los más dispuestos a desnudarse ante un psicoanalista?,

Salta le replicó riendo

- esos son los porteños.

Luego de hacer cuentas y casi extinguido su contrato con el traficante, el resultado fue que Perú tenía para pagar el hostel, pero no para viajar a San José, y Salta podía completar su boleto a Costa Rica, pero no abonar la deuda del hostel. Se habían divertido de lo lindo y seguían varados. La idílica San Andrés mostraba ahora su cara fea, estaban, literalmente, aislados. Salta ideó un plan para él y Perú llamó a su casa de Lima.

Aquella bolsa plegable que se librara del hurto nocturno al entrar en Ecuador, fue providencial. El día de su partida, Salta se vistió con dos pantalones sobre su short y se fue a “pasear” al aeropuerto donde lo esperaba Perú, tomando una cocacola eterna; allí se despojó de ellos, metió la ropa en la bolsa que trajo en el

bolsillo, Perú cuidaría mientras Salta repetía el trayecto. Vistiéndose en el hostel y desvestiéndose en el aeropuerto logró completar su equipaje y ya en shorts, camiseta y sandalias se acercó al mostrador del hostel, explicó que había llegado el dinero esperado y necesitaba su pasaporte para cobrarlo. En un rato volvería a pagar su cuenta. La mujer del mostrador, la madre de la familia que lo regentaba, se alegró por él, lo felicitó, le dio el pasaporte, con una sonrisa confiada que hirió profundo. Salta se prometió que algún día volvería trayendo explicaciones y dólares. Al cabo de los años no le sorprendería que alguien hubiera acuñado la frase, “más falso que promesa de mochilero”. Todo estaba calculado. El avión saldría en poco tiempo y había que hacer el *check in* sin ser visto por ese taxista, hijo de la dueña del hostel.

Partió. Atrás quedaban no sólo los dos Perús, sino Sudamérica entera.

16.

En el pasado, para el sudamericano común, Centroamérica era la región menos conocida de las Américas. Parecía, como mostraba el mapa del istmo, una sarta de pequeños países con vocación de isla, que comunicaba trabajosamente los dos continentes "reales", el del norte y el del sur. Países no tan serios donde se tocaba "música tropical" y la gente morena estaba condenada a sufrir la United Fruit y los terremotos. Era la visión difundida por alguien a quien mucho convenía.

Los nómadas contribuyeron a cambiar este estereotipo. Viniendo del norte y del sur "hacían" Centroamérica, la conocían, la llevaban consigo y la transmitían. Pero, sobre todo, en los años políticos de operaciones

Cóndor, invasiones, revoluciones, golpes de Estado, guerrillas, caudillos, esos países emergían con apasionantes historias y culturas reconocibles como “latinoamericanas”, término ambiguo, pero que llegó a convertirse en una referencia política aun desde antes de aquellos años del auge del traén de los caminos. Tierra que mostró a las Américas el vocabulario de la rebeldía con nombres propios, Farabundo, Sandino, Marcos, Cardenal, Arbenz, Romero...

Fue aquí donde Polifemo Arias bajó del avión. Con las antenas bien desplegadas, descubrió gente aguerrida, generosa, vivaz, inquieta como sus volcanes y... jugadora. En los mercados de esos países, como el de Managua que sustituyó a la ciudad desaparecida en un terremoto, y los de otras capitales y pueblos, se jugaba obsesivamente a la lotería. Quizás porque los números de la lotería oficial no alcanzaban, a los centroamericanos les bastaba recortar hojas de cuaderno, anotar números manuscritos con bolígrafo, firmarlos y venderlos por cientos o miles, en loterías privadas y callejeras que gozaban de una confianza incomprensible para Polifemo, convencido de que la única lotería confiable era

la oficial y, de alguna otra forma, el premio de los diezmos de la iglesia Verdadera, ya casi en el olvido. En el latido de estas ciudades se escuchaba la oferta de los sorteos en cada puesto, en cada esquina, en cada restaurante popular donde brillan el rey maíz, el frijolito, el plátano, el arroz, la yuca, el pico de gallo, formando la colorida geografía de sus mesas.

Y Polifemo era uno de esos viajeros que transitaba ciudades y campos, pero también viajaba de plato en plato, de taza en taza, de mano en mano, por donde se servía caldos, guisos, chorizos, mazamorras.

La estación Bolivia lo retuvo más que otras, quizás porque fue el primer paso en este caminar y debía afirmarlo para continuar con solvencia. Así, Poli tuvo el tiempo de acercarse a más mesas que en otras estaciones. Saboreó la chicha, esa bebida política que está siempre fresca para mitigar calores y labores del campo. Ya había sido conquistado por el ají de papalisa, en Potosí. De Cochabamba se llevó el sabor de los chorizos de La Cancha, el preámbulo de su gran mercado, y los diversos corderos que desfilan (sin causar sueño) por cientos de mesas. Pero la que llevaba el estandarte, era su

legendaria sopa de maní; de La Paz, las salteñas hirvientes que le adoptaron porque le recordaban a sus empanadas y, sobre todo, por el gentilicio compartidob.

Viajó por los arroces peruanos, sus papas a la huancaína, el cebiche, y el ulluku, como allí llaman a la papalisa. De algún país recuerda no el sabor, pero sí el aroma de las comidas sin probarlas por razones de presupuesto, pero siempre estaba ahí el pan, la humilde hogaza capaz de causar revoluciones y guerras, pan que se convertía, a medida que iba al norte, en arepas y tortillas.

En todos los mercados-ciudades era el maíz el alimento mayor. Poli concluyó que el viaje por las Américas no seguía un itinerario, pero sí un interminable surco, el del maíz.

17.

La revolución estaba a pasos de su alojamiento tico, la de los farabundos un poco más allá, el enigma de Honduras y finalmente Guatemala, frontera con su Norte anhelado y ya avizorado en su confuso itinerario: México.

La revolución siempre está cerca en Centroamérica, en uno o más de esos países volcánicos. El sandinismo realizó la epopeya de vencer a una estirpe de dictadores (el padre, “mi hijo de puta”, según Roosevelt), allá cantó canciones protesta con los militares “al revés”, como llamaba Poli a los milicianos del sandinismo temprano, uniformados y amigables; es que en su Argentina y los vecinos, era impensable hacer esas guitarreadas con sus militares cantándole a su admirado paisano, el

Che; allá también conoció su volcán casi urbano en Managua, con la lava hirviente visible desde el borde del cráter, a donde los Somoza lanzaban vivos a los héroes.

La voz de memorias propias y ajenas, vías igualmente transitadas, aparece para contar el episodio de los muertos en la Catedral de San Salvador, por donde pasea Poli. Este templo está habitado no sólo por los santos atormentados, sino por los ecos de la atribulada historia reciente. En su interior aún no callan los ayes de masacres, el estupor del infame asesinato de monseñor Romero y aquel episodio.

En los años de lucha armada, hubo largos días en que los guerrilleros mantuvieron rehenes los cadáveres de militantes de la democracia cristiana, en esa iglesia. La ciudad estaba convertida en campo de combate entre los que querían recuperar los cuerpos y quienes se negaban a entregarlos. En el cuartucho del burdel, uno escuchaba los fragores del sexo y el estruendo de las balas, como si todo ocurriera en ese cuarto: la muerte atacando al amor y el amor que se defendía a muerte.

En marcha a Guatemala, pasaría de largo por

Honduras con breve parada en Tegucigalpa. Allí, militares bajaron a dos muchachos que, en el bus, habían mostrado demasiado públicamente unos papeles que parecían instrucciones para armar bombas caseras. En la mirada de los dos, Polifemo vio una mezcla de determinación e inocencia que lo acompañó largo tiempo, mientras intentaba comprender la historia de cientos de rebeliones con sus cientos de derrotas a balazos. La vida vieja casi siempre terminaba ganando, pero la rebeldía nunca pierde por completo. Algo queda, que en la próxima servirá para comenzar desde unos pasos más adelante.

Casi como si viniera en su ayuda, la atención de Polifemo se dirige al “mar de las Antillas que también Caribe llaman”, donde sigue “navegando Cuba en su mapa”, como canta y cuenta Nicolás Guillén. Mira en dirección de ese país ejemplo de lucha y obstinación.

Cómo no mirar al mar donde se libraron pequeñas batallas y grandes confrontaciones y que estuvo a punto de ser el epicentro de una guerra mundial. Esa isla que tantas veces parecía irremediablemente hundida, pero siempre asomaba entre las olas de los maremotos

gringos. En sus caminares, Poli comprobó que todo -territorios, gentes,- alrededor de Cuba está invadido, corrompido, ocupado, conspirado, comprado para proteger de influencia dañina a los dueños del mundo, esos que así muestran su poder, pero también su miedo.

En su lápida o en su placa celebratoria, en el fin de este tiempo, figurará con su nombre, Cuba, y su apellido, Castro.

En la canción, quizás de Los de Palacagüina, escuchada en uno de esos países, Polifemo se sorprendió, casi ruborizó, con el verso “Sandino bajó arrecho de la montaña”. Lo primero que le vino a la cabeza fueron nicaragüenses perpetrando impensable grosería en alusión a las apetencias -comprensibles- de su prócer, pero, cuando se enteró de que este adjetivo, en el sur la forma vulgar del deseo sexual, era en el norte sencillamente enojo, Poli comprendió que viajaba también por las palabras. Recordó que su “boludo” argentino era el equivalente del “cojudo” boliviano y peruano, y más al norte estaba en su acepción original de cojonudo, valeroso. Lo mismo

pasaba con el “pendejo” del sur, un tipo avivado y astuto, medio mamón, y el “pendejo” norteco, un “boludo”... en México hasta había un Cerro Boludo y muchos chilangos vivían en una “colonia” con ese nombre, rebosantes de inteligencia y tan contentos. Recordó Poli el calificativo “hijo de puta” que en su país servía como insulto, pero además, y frecuentemente, para halagar junto con una sonrisa, un beso y un abrazo de cariño, reconociendo virtudes a algún amigo querido, si lo decías más al norte, nadie aceptaría un abrazo para responder a semejante insulto.

Su peor experiencia ocurrió en el DF, cuando entró en una tienda y pidió galletas de agua, el dependiente lo miró como a un bicho, mientras trataba de imaginar un poco de agua formando una galleta.

En México, como en los países de fuerte cultura indígena, el castellano está enriquecido con expresiones de lenguas originarias. Polifemo tuvo que aprender en minutos a articular Netzahualcoyotl, porque debía llegar a ese teatro para una cita con Soledad Bravo.

Otra vez las leyes ponían vallas, ahora para

impedirle “hacer” Guatemala. Una, obligaba a mostrar mil dólares en efectivo para cruzar la frontera. Para Polifemo esa cifra pertenecía al reino de lo fantástico, pero en las fronteras ocurren cosas muy raras.

Buscando una solución en los árboles y nubes, oyó a alguien ofrecerle en préstamo esa cantidad para que pudiera seguir su viaje. Era un milagro. El dueño de la voz y los mil dólares era un hombre joven que, mirándolo a través del lente verde de Benjamin Franklin, habría pasado por viajero. Hurgó en un bolsillo y le alargó el fajo verde. Poli lo presentó a los gendarmes y pudo abordar el bus. Su benefactor que esperaba en la fila, en cambio, fue impedido de hacerlo y el vehículo partió. Polifemo miraba por la ventanilla de atrás, cómo se alejaba esa silueta que miraba cómo se iban su beneficiario y, sobre todo, sus mil dólares. Poli no dudó... mucho rato.

Finalmente, hizo detener el vehículo, se apeó y volvió corriendo a explicar la situación. Finalmente los dos quedaron libres, pero prohibidos de entrar en Guatemala. El amigo generoso desapareció; quizá, se dijo Poli, confirmaba que era un agente fronterizo

haciendo su trabajo, pero, ¿para qué la grosera puesta en escena?, parecía un juego cruel, pero con los de la ley ya se sabe: idean planes toscos que a ellos les parecen maravillosos. Volvió a ver al del dinero, ahora en las oficinas de la gendarmería, como un funcionario más. Se cruzaron sus miradas, el tipo se inquietó, dijo algo señalándole. Poli corrió a un barcito fronterizo, entró. Cuando llegaron los gendarmes, él estaba a buen recaudo, acostado en la carrocería de un rastrojero, de vuelta a San Salvador. Una vez más la pequeña ruptura de espacio y tiempo despistó a sus perseguidores.

Sólo un país lo separaba de su Norte, identificado ya como México. En San Salvador, Poli recibió información de los viajeros : había una oficina grande de la ONU para ayudar a refugiados, allá, algunos recibieron boletos y apoyo. Que probara, pero antes elaborara bien su historia. Lo más difícil fue cruzar el umbral del edificio que ostentaba una barricada burocrática sin fisuras. Lo demás lo simplificó el funcionario, un chileno que había vivido en Salta. El interrogatorio derivó en un recordar lugares y acontecimientos de la ciudad, y hasta

personas que ambos conocían. Entre los dos, armaron una creíble versión de sus necesidades de emigrante y le añadieron rasgos políticos universitarios verdaderos. Todo le valió un pasaje a Ciudad de México y una carta de recomendación para la oficina de refugiados de allá.

Desde siempre quiso a México, primero por los discos de vinilo que sus viejos ponían los domingos, con las cálidas voces de Pedro Infante, los Aguilar, de Lola Beltrán, que casi competían con Gardel, Tita Merello, el tango... ese “casi” era, con todo, bastante grande (tanto, que el pibe Polifemito se había apropiado del long play amarillo de la discoteca de sus padres, en el que Sosa cantaba “Che papusa, oí”, “Enfundá la mandolina”, “Guapo y varón”...). Después, el México traído por amigos del alma en la voz de Amparo Ochoa y su bella fuerza política. Pero México era más: era la grandeza de los murales, era su potente historia prehispánica y la de la revolución, era Zapata, era la promesa de los mariachis de plaza Garibaldi, era Cantinflas, Clavillazo, el Chavo, Juan Rulfo, era las películas, era las pirámides, Acapulco, el modo de hablar, su amigo

Guillermo... Ese “era” es ya “es”, ahora que Polifemo vuela todavía un rato largo por encima de una ciudad tan grande como un país, y aterriza entre casas y edificios.

Un Guillermo allá, otro Guillermo aquí, y las Américas en medio, pensaba en sus amigos, el de Buenos Aires y el de México, los dos compañeros pródigos, se decía cuando ya estaba parado a la salida del aeropuerto, parado en y ante su destino. Ya no quedaba más Norte, en ningún lado.

Todo en esta ciudad es grande, numeroso, colectivo. Fuera por donde fuera, Poli veía anulada aquella individualidad que lo bañara en el salar boliviano de Uyuni. Aquí era parte de la muchedumbre, del colosal animal de millones de pies y cabezas; se volvió especie. Su pinta lo igualaba a los de aquí, y mucho le confundían como paisano, eso le complacía, porque no hay nada mejor que convertirse en mexicano.

México es tantos méxicos que hay uno diferente para cada uno de sus hijos adoptivos (y biológicos).

Allá en Salta, su madre comprendió que la

larga ausencia de Polifemo significaba un viaje también largo y éste implicaba mayores necesidades y quizás hasta penurias. Entonces, y ante la imposibilidad de saber en qué lugar del camino estaba, para socorrerlo o, al menos, preocuparse con certeza geográfica, contrajo un hábito que paliaba su desazón. Acudía a la Plaza 9 de Julio, se sentaba en un banco y daba granos de maíz a las palomas, a la espera de la aparición de su hijo mochilero correspondiente a ese día. Lo abordaba y con una breve explicación se lo llevaba a casa donde le servía una buena comida, o le invitaba el almuerzo en un restaurante, mientras escuchaba el relato de su aventura, sustituyendo con la cara de Poli la de este joven viajero.

Luego, lo despedía con la recomendación de que se abrigara bien.

18.

Arreglado el asunto de la residencia en México como refugiado, Polifemo Arias comenzó a buscar alojamiento y trabajo estables. El primero le costó pasar noches, literalmente, en lecho de pulgas, ofrecido por una familia hospitalaria, de donde lo rescató Guillermo para llevárselo a su casa de los extramuros.

Allí le impartió el seminario de sobrevivencia en su país y los tutoriales completos para adiestrarle el estómago y sus análogos en la exuberancia de la cocina mexicana, cursos que venían con todos los materiales incluidos. Después, como hace el maestro con su discípulo, una mano en el hombro y la otra

señalando el horizonte barroco, le deseó buena suerte y lo empujó a su aventura.

En sus paseos por el Paseo de la Reforma, Poli conoció a cuatro estudiantes bolivianos, estos sí viajeros de taxis, aviones y hoteles. Venían a México a estudiar en la UNAM y otras universidades. Habían alquilado un piso entero en uno de los antiguos edificios cercanos al Metro Hidalgo, se repartieron las habitaciones, compraron colchones, frazadas, almohadas, mesas y otros muebles mínimos y comenzaron su vida universitaria, con una antesala un tanto bohemia.

En esa etapa los encontró Polifemo, o ellos le encontraron a él... El talante sosegado, los gestos de candor cultivados en su iglesia de Jujuy y su mayor edad (la exacta, porque uno pasado en años habría despertado la desconfianza boliviana, más aún porque todavía no le conocían las habilidades que ni él mismo se conocía) le valieron su aceptación como el quinto habitante del vasto departamento.

Polifemo comenzó a frecuentar las enormes librerías de la ciudad, empujado por el deseo de leer, inoculado en tiempos lejanos por su padre

y una enciclopedia azul de tres tomos.

El primero fue accidental: hojeaba un librito de su paisano Borges, cuando escuchó que por la calle pasaba un aroma, ¿era un vendedor de pochoclo?, Poli salió persiguiendo el olor familiar y se vio con el libro todavía en la mano. Se fue a tomar un café con leche en un café cercano. Con el diario abierto, más bien pensaba en este acto inesperado y cómo aprovecharlo.

No tardó mucho en urdir un plan, todavía en condicional.

Durante unas semanas se dedicó a explorar la ciudad y ubicar las principales y medianas librerías y, además, las que acogen los grandes supermercados. En cada visita estudiaba la geografía del establecimiento, sus calles, la puerta, las vías de escape y todo lo que un joven de buena disposición necesitaba para salir adelante. También hacía pruebas que iban de sencillas a difíciles. La primera vez que efectivamente hurtó, Rulfo fue a acompañar a Borges, la segunda, el trío lo completó Benedetti, del que lo conmoviera su “Requiem con tostadas”, cuento que estaba incluido en el libro. Polifemo tenía cierto conocimiento de literatura por amigos lectores de su barrio, libros

de la biblioteca municipal de Salta y el intercambio en la universidad inacabada, pero no le bastaba para presumir; pondría remedio a esto.

Además, si era tan fácil, podría convertirse en proveedor de libros de texto *low cost*, de sus amigos de casa.

En las librerías, los libros de estudio tenían sus sitios especiales, menos accesibles, pero también con menor vigilancia. Los lectores de ficción eran poco honrados, en opinión felizmente equivocada, de los que organizaban los estantes. Aprendió a reconocer colegas y vigilantes “de paisano” distribuidos en los pasillos donde también deambulaba una rala muchedumbre. Estas librerías se parecían a las ferias del libro, en su ciudad lejana. Alternaba sus visitas entre las grandes como la Gandhi y otras.

Entre las otras, con preferencia las librerías de viejo. Habitaban plantas bajas de viejas casonas del centro viejo de la ciudad. El viejo librero era un erudito en autores viejos y clásicos. Los estantes envejecidos sostenían trabajosamente viejos tomos, pero también el suelo estaba repleto de números viejos de

revistas y libros deshechos, que le obligaban a la amargura de pisarlos. Tenían la misma facultad que las de Buenos Aires: de un día para otro, los libros desaparecían con sus librerías.

Los estudiantes y Polifemo acordaron que les proveería libros a un precio inferior a su valor en librería. Desde el apretón de manos del fin exitoso de la negociación, Poli asumió con disciplina su labor. Diseñó recorridos, fijó horarios y cronogramas que cumplía a rajatabla, de tal manera que los libros se hicieron objetos familiares y numerosos en el departamento.

Algunas veces recibía pedidos indirectos; amigos de sus amigos que estudiaban otras carreras solicitaban libros a bajo precio. Prefería que esos clientes ajenos no lo conocieran, por motivos de seguridad, pero sabía que era una previsión inútil. En la torrencial muchedumbre que discurría por esta ciudad Polifemo se cruzó consigo mismo muchas veces, multiplicado en rasgos morenos, como moreno era el salteño, pigmento que le hacía dudoso argentino a ojos socarrones de más de un mexicano.

En este planeta llamado Ciudad de México todos se perdían y pocos se encontraban. Podía ocurrir que alguien que estuviera leyendo una

novela, señalara su lectura con un boleto de metro y que un personaje lo aprovechara para salir un rato, descansar de su papel, pero volvería cuando volviera el lector a su lectura, o que una huelga del metro dejara a la historia sin ese personaje, lo que imponía al libro la urgencia de reescribirse a sí mismo.

Aprovisionaba, entonces, testas y estantes de sus amigos bolivianos con los libros de texto, pero no descuidaba sus propios apetitos. Era hijo de las réplicas del terremoto del boom, por tanto se hizo rápidamente con los títulos que no había leído, pero también con libros completamente desconocidos, después de todo tenía a su disposición un río literario donde pescar. Junto a sus autores conocidos, se alineaban en el piso, al lado del colchón, libros de autores extraños para él, pero mencionados en los diarios y por escritores que sí leía. También poesía española y latinoamericana, con los que los cinco amigos jugaban a formar algo como cadáveres exquisitos, elaborados por versos cazados al azar en distintos tomos, fiambres que cobraban más sentido con la ayuda de toques de yerba y tragos del tequila agenciado en el supermercado vecino. Tanto

para estos daños colaterales como para la vendimia en librerías, Poli tenía siempre a mano su humilde magia de la puerta, pero cultivó tal destreza, que la necesitó en pocas ocasiones.

Y surgía algo así, de la colaboración, involuntaria, de autores de las dos orillas del charco:

*Un sólo cuerpo
un cuerpo como día derramado*

*Cómo será acostarme
en tu país de pechos tan lejano.*

*si cuando te besaba
mis ojos eran ciegos,*

*que la tendría cerca, tangible,
real, como en los sueños*

*¿Habrá un fin a mi amor,
a mis afectos?*

*Se rompe y se sumerge
su volumen de besos*

Y de mendigo oscuro
Lo haces rey coronado por tu mano

Sus amigos estudiantes en aquel México, tenían ya ciertos rasgos que prefiguraban su futuro. Todavía en estado latente, estaban combinados en ellos el intelectual, el economista, el estadístico, el estadista, el matemático, el actor (uno, retrato del antiguo héroe de Hollywood, Robert Mitchum), todos todavía envueltos en las dudas y generosidad de los que se inician. Años más tarde, florecerían en cátedras, ministerios, despachos, no siempre de la misma vereda política.

19.

Poli añadió a su labor del comercio de libros, un trabajo de horas como corrector en una imprenta, donde comprobó que algunos errores cruzaban fronteras y mares, que había gazapos “legalizados” por la burocracia de la RAE aceptados sumisamente por las academias criollas. Pero, en el ámbito popular, que es donde se construyen los diccionarios verdaderos, se debatía a veces cortésmente, a veces en lucha sorda, por algunas palabras, como en la guerra inacabada del verbo “coger”, cuya semántica es decisiva en la demografía de este lado del charco.

Antes del agotamiento del grifo de la oficina de refugiados, Poli escribía una carta periódica

que describía las condiciones en que vivía. En esa sociedad de sobrevivencia de los acogidos en México, se decía que aunque era una formalidad, la burocracia daba curso con prioridad a las cartas más dramáticas y, además, escritas a máquina o impresas. En sus primeras gestiones, Polifemo se anotició de la existencia de una plaza muy particular, y hacia allá se encaminó.

Al llegar se topó con una de árboles de hierro con sus abejas humanas y un zumbido fabril. Eran las imprentas instaladas donde cabían. En corredores de arcos y en jardines crecían linotipos y otros ingenios que convertían el plomo en su follaje de letras, palabras y páginas de libros, folletos o lo que se les pidiera.

Enmarcados por las arcadas, acurrucados entre resoplidos de máquinas, se instalaban desde temprano los escritores de cartas de toda clase, que han llegado con su mesa mínima, dos sillas y su máquina de escribir. Ya los espera una fila de personas que necesitan una carta para un mundo de destinatarios que rechazan mensajes orales o manuscritos; tienen que estar escritos a máquina y en un tamaño administrativo de papel. Otro grupo de clientes lo formaban los

analfabetos, urgidos de dar o pedir noticias de todos los rincones de México, campesinos obligados a sustituir sus musicales y expresivas lenguas, por el castellano. Llegan también estudiantes para llevar tareas limpias a su clase.

El cliente se sentaba frente al escritor, le explicaba y contaba su necesidad y el redactor la traducía y escribía. Al caer el día se sentirá abrumado por el peso de trámites administrativos, cuitas de amor, penas familiares, desgarros económicos, anuncios de matrimonios, felicitaciones por nacimientos, campañas de desprestigio, denuncias de maltrato, abrazos de cumpleaños, dolores, enfermedades y muertes, y todas las preocupaciones de esta humanidad hirviente. Confeccionadas pulcramente en hojas que llegaron leves y blancas, ahora viajan cargadas de historias, llevando la misión de mejorar un poco este mundo, o de empeorarlo.

Su primera vez, Polifemo tenía la suya manuscrita y sólo debía dictarla. El escribiente aceptó un poco sorprendido. Comenzó a teclear su dictado, con la vista sobre su instrumento; de rato en rato sugería cambiar algún verbo, añadir un adjetivo, corregir esa preposición, con la

maestría de su oficio. A medida que avanzaba el tenor de la carta, el escritor alzaba la mirada para observar al extranjero que se expresaba de esta manera. La perspicacia, la destreza del oído, la fina percepción, el cotidiano roce con historias personales, le habían desarrollado una colección de instintos, entre ellos el geográfico que le permitía conocer la procedencia de sus clientes. Hacia la mitad de la carta ya había acertado con los rasgos sureños del salteño, su origen argentino, y admirado su prosa doliente. Le cobró sólo la mitad de su canon, conmovido por el drama que Poli había confeccionado exitosamente.

Al irse, con su carta que había aprobado con un 10 el examen del exigente tribunal, Polifemo recordó esa vez que asistió al concierto, donde un elegante intérprete ejecutó “La máquina de escribir”, de Leroy Anderson, que lo dejó felizmente sorprendido. Si aquel músico seguía las notas en el teclado de su elegante Underwood, éste, el artista de la plaza de Santo Domingo, interpretaba, añadidas al arte musical del pentagrama del lenguaje, otras artes como la literatura y ciencias como la psicología, en notas tan hermosas como la de la máquina y los

violines del concierto en el Teatro Provincial de Salta.

20.

Polifemo navegaba a sus anchas por las muchedumbres que emergían de las bocas del metro. En la estación Indios Verdes vio no sólo la gigantesca palangana llena de ojos que miraban sorprendidos en todas direcciones y esperaban el cuchillo, la tortilla y el pico de gallo para acatar su destino de tacos de ojo; allí comprobó lo que sólo sabía de oídas: cada día, cada hora, llegaban al DF miles de personas, tantas que a la capital ya no le alcanzaba el tiempo para contar sus habitantes. Llegaban del campo sin destrezas urbanas; una vacilación ante la escalera mecánica bastaba para que los que venían detrás formaran un enorme remolino creciente. También aquí se expresaba aquella condición humana perdida, la especie.

Sus pasos habían aprendido a decidir su camino. Así, Poli llegó a ese mundo dentro de otro mundo: el mercado de La Merced.

El aroma del chocolate puro lo arrastró hasta un puesto donde se lo sirvieron humeante, en un tazón sin orejas. Tomado como se tomara el cáliz precolombino, sorbió el líquido más soberbio que bajó nunca por su garganta, le devolvió la grandeza de antiguas civilizaciones, le acogió en México, le hizo un lugar en su nuevo país.

Pero, le llegó al mismo tiempo, algo como una advertencia. En el fondo del mercado, al final de un corredor de montes de verduras, apareció el monstruo descrito profusamente por los tabloides, una descomunal rata que sumía en el pavor al mercado y sus gentes, pero que nadie pudo fotografiar hasta entonces. Polifemo había dado cuenta del chocolate cuando la vio corriendo, no atemorizada como corren las ratas, sino aterradoramente como galopan los demonios. Tenía la altura de un perro. La cara fiera y su erizado pelaje aumentaban su alzada. Se perdió por el laberinto alimenticio dejando paralizada, todavía unos minutos, a la gente. A Poli,

temblando por dos de las experiencias más intensas de su vida en un mismo momento, que expresaban las caras de esta ciudad paradójica.

Este orbe llamado urbe, alejaba cada día más las pasadas estaciones del itinerario de Polifemo. Sin duda recordaba el pan de Jujuy, la metafísica del salar de Uyuni, la ciudad cubista de La Paz con su corta e intensa pasión: Sylvie; Machu Picchu, que lo devolvió a América Latina; la biblioteca oral de Colombia, sus luminosas islas en el Caribe, la Centroamérica volcánica social y orográfica, pero ahora, ya con larga estancia en lo que llamara su Norte, Polifemo se habituaba a su nueva piel sedentaria.

Iba un día caminando a ninguna parte, cuando un grito lo paralizó: “¡Salta!”. Hacía largo tiempo no escuchaba ese nombre, ese genérico que ya tendría un nuevo propietario en algún lugar de los caminos, “Salta”, y ahora alguien lo gritaba aquí, en calles que lo escuchaban extrañadas. Claro que lo llamaba a él y era una conocida, chillona, límpida voz. Perú sacaba medio cuerpo por la ventanilla de un coche caro y nuevo, ya abría la puerta y corría

a encontrarse con la carrera de Salta, se abrazaban y se miraban como si vieran recuerdos materializados.

Instalados en lujoso restaurante de hotel por el anfitrión-benefactor de Perú, acordaron, en primer término, que eran parte de un milagro, luego,

- salud, Salta,

- salud, Perú,

se lanzaron a contarse, entre coronas y cuervos, sus aventuras desde el adiós en el aeropuerto de San Andrés, sus caminos diferentes por Centroamérica, sus penurias largas, las cortas e intensas felicidades, sus planes sin planes a largo plazo. Pasaron dos días con el discreto amigo de Perú y luego se separaron, ¿esta vez para siempre? Perú hacia su Norte, a la clínica canadiense que lo esculpiría como la mujer apta para ser la pareja del benefactor (así lo condicionó, pero con Perú nunca se sabe, sonrío... Perú).

Efectivamente, Perú se había mostrado en estado de dicha: estaba aquí y pronto yacerá en el quirófano para salir como lo que su naturaleza le reclamaba. Pero, al verlo bajo vigilancia y cuidado, piensa Poli que la felicidad, a veces,

puede valer un cautiverio.

Salta volvió a su nombre y Polifemo a su estación nómada del DF. Pero, el oxímoron tenía sus resquicios: Huautla, en busca de un plato de hongos, lo que se llevó de vuelta fue un intento de hipnosis colectiva y la bella Oaxaca, las ardillas en la plaza y su árbol del Tule, el más ancho del mundo, donde palpó la corteza milenaria. Coyoacán, el pueblo convertido en barrio por la insaciable ciudad, y su isla Azul; Teotihuacán, la subida a uno de los cielos de la historia americana; Acapulco, escaparate luminoso que impide ver México (acá pudo haber hallado una otra discreta aptitud que llamaría adivinación si todavía estuviera en los caminos, pero, quedó en un acto instintivo: Invitado al famoso balneario por un desaprensivo conocido en el DF, al llegar sólo encontraron la intemperie por alojamiento. En la noche, Polifemo tendió su frazada en el patio y se echó a dormir. Al alba despertó repentinamente, seguro de que un peligro le asechaba. Se paró y revisó debajo de la manta. Sorprendió a un enorme escorpión negro que lo dejó helado de terror. Luego, el maligno insecto, frustrado, se fue con su paso laborioso,

cargando el peso de sus responsabilidades, su armadura, armas y ponzoña con que está condenado a transportarse). El exmochilero estaba dispuesto a maravillarse también con publicitados sitios turísticos. Aquellas fueron excursiones memorables que determinaron su cada vez más manifiesta inmovilidad en CDMX, y sus viajes ya sólo por la memoria.

Hubo un paseo extraordinario, no suyo, pero que la narradora hizo tan vívidamente, que estuvo tentado de apropiárselo: en una clase de buceo transcurrida en una represa, descubrió que se había sacrificado el poblado entero para la construcción de la presa. En un momento mágico, la aprendiz de buceo se convirtió en estudiante de vuelo, de la clase que sólo en sueños experimentamos. Pasaba entre campanarios y tejados intactos, volando sobre aquel pueblo real que sólo era diferente por un convencionalismo sobre tres de los cuatro elementos.

21.

Estaba presente, y mucho, su paso por La Paz, la inaudita ciudad boliviana, de la que descubrió su hechizo urbano, el de cambiar su fisonomía para eludir amantes y desorientar esbirros; no la olvidaría nunca no sólo por tales portentos, sino porque allá había tomado una decisión que le pesaba cada día más: seguir su camino solo, sin Sylvie, la cara que le sonreía dolorosamente desde los muros recurrentes de sus sueños.

Ella le agradecería años después, cuando miraba la risa de la hija engendrada en esquina mágica y que llamó Circe para que creciera vecina de la isla de ese padre que no sabía que era padre.

En la realidad esas islas estaban tan distantes

que un encuentro fortuito resultaba simplemente absurdo.

Polifemo no podía buscar a su hija por la sencilla razón de que no sabía que existiera. Un encuentro con Sylvie sólo podría suceder si estuviera impulsado por búsquedas en internet, cartas a oficinas claves, indagaciones detectivescas. Pero, con lo ocurrido con Perú, quién sabe. Esa era la etiqueta puesta en La Paz y México, “quién sabe”, a esta asignatura. Es que con el pasar de los años, el extrañamiento se volvió una materia pendiente desde la universidad de los caminos, hoy tan lejana como el viaje de un país a otro sin ninguna ayuda, ni la de la moneda potosina ni de la suerte de las puertas, que se encontraban polvorientas en no sé qué repisa del departamentito que Poli habitaba, a algunas cuadras del metro Tepito, las suficientes para catalogarle como de clase media baja.

Polifemo nunca más volvió a ser Salta, se convirtió en don Poli, el siempre dispuesto a ayudar en la redacción de algún documento, dar consejos de gramática y otros en esa línea.

Se había mimetizado en la enorme ciudad, dejado atrás la maravilla y optado por la realidad

gris, sus pasos, antes calzados por las botas de tantas leguas, ya eran los cortos de hombre preocupado por cómo pagará el alquiler y sus sueños se habían reducido a deseos realizables. Nunca había tenido otros hijos, sí alguna pareja que no quería, o no podía, recordar.

Lo ganado de su tiempo de felicidad fue un lugar en la Plaza de Santo Domingo: era un escritor de cartas para otros, oficio al que se entregaba todos los días y que le reportaba alguna ráfaga de emoción, y reclamos de su bolsillo pobre. También, recibía encargos de imprenteros para la corrección de las galeradas de libros sobre los temas más diversos.

Su inclusión en la ciudadanía de la capital fue asumida con todas las consecuencias, una de ellas recortar sueños de fuga. Hubo un tiempo, corto, en que su Norte fue Sur, pero ni el alma ni el cuerpo le alcanzaban para volver a los caminos. Su Salta sin apenas familiares vivos y la casa, ahora un conventillo, estaban lejos, en alguna nebulosa sin nombre y él, cautivo voluntario en este planeta.

Su mundo estaba delimitado por los destinatarios de las cartas, y Poli era uno de los mejores mediums entre los espíritus de los

vivos. Llegaban hasta él los mismos que llegaban hasta los otros escritores, es decir, salidos de entre los cientos de refugiados que la generosidad mexicana acogía, y de los miles de campesinos que no habían cesado de llegar al DF, aún después de cambiarse por CDMX. También venían alumnos con sus tareas escolares.

Ellos eran los principales, pero era requerido, además, por jóvenes universitarios o profesores que hacían safaris urbanos para observar las raras aves de su ciudad, comprobar la calidad de sus textos o quizás utilizarlos en algún trabajo práctico. Hubo un periodista que nunca llegó a publicar la carta que creyó sonsacarle, ni la entrevista que fraguó cuando se vio descubierto. Eran ocasionales clientes, pero él no los sentía extraordinarios.

22.

“Quién sabe” se sentó ante él. Por un momento creyó que era una de esas chicas aventuradas en la ciudad, pero la reconoció, ¡era Sylvie! ¡No, qué Sylvie!, era su cara, sí, su boca y sus ojos, sí, pero no era ella. Esta tendría poco más de veinte años, y aquella sería ya una mujer “de cierta edad”. Pero, era Sylvie, era Sylvie sumada a su propia cara: los ojos verdes milímetros más juntos, oscurecido el pelo rubio. La sonrisa era de Sylvie, la sombra en ella, de Polifemo. Ducho en cazar sentimientos, usó sus artes para, en segundos, elaborar una teoría, quizás la menos conveniente y sí la más extraviada: era la hija de Sylvie con algún latinoamericano, engendrada durante aquel viaje. Sólo le faltaba animarse a ponerle nombre

al padre.

Teclaba como autómeta las palabras del asunto inventado por Circe, mientras su otro yo llamaba por teléfono a la embajada francesa en La Paz, buscaba en las redes sociales, preguntaba a viejos funcionarios. Se calmó. Hizo su trabajo y cuando iba a citarla para hablar horas, saber sin saciarse, preguntar, responder, pedir perdones, morir de felicidad y dolor y miedo, conocer y reconocer a su hija, Circe se paró de pronto, le dijo el inapelable

- gracias señor y perdone, pero me tengo que ir-,

llamada por un muchacho de los mismos colores que ella, colores que no hacían juego alguno con el gris del escribiente.

La vio hundirse en la muchedumbre y tecló un “quién sabe” en el lugar de la firma.

No lo sabe aún, pero luego de años de practicar y afinar lo aprendido en la Plaza de Santo Domingo, en la lectura de los libros robados y galeras, en la gramática que aprendía enseñándola a sus vecinitos, Polifemo Arias

escribirá un cuaderno del viaje a su Norte, viaje que lo alejara de Sylvie, libro que lo acercará a

Circe... quién sabe.